

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 12 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La raza espiritual contra el racismo materialista*, por Gabriel Alomar.—*Eldorado, enigma de la historia americana, era el Perú de los Incas*, por Manuel Domínguez.—*Una nueva obra de misericordia*.—*Enrique Díez-Canedo: Algunos versos*, por Antonio Espina.—*Dos escritores de América: Icaza-García Godoy*, por Pedro Henríquez Ureña.—*Sobre los estudios estéticos*, por Rafael Estrada.—*Partido Nacionalista de Puerto Rico*.—*Página lírica de Enrique Díez-Canedo*.—*Lázaro*, por Carmen Lira.

La raza espiritual contra el racismo materialista

Por

GABRIEL ALOMAR

CUANDO el Gobierno del Perú tuvo conmigo la gentileza de invitarme a presenciar las fiestas del Centenario de Ayacucho, sentí acudir a mi imaginación, como el soplo de un gran viento, las ideas envueltas en la rememoración que iba a celebrarse. No me fué posible, por razones ajenas a las necesidades eventuales de mi vida, trasladarme entonces a la República hermana. Pero fuí profundamente sensible a la alta consideración recibida; no ya por tratarse de la delicadeza con que se deseaba en aquella fiesta patriótica la presencia de algunos españoles, dando al centenario de la Independencia un valor de comunidad con la metrópoli en el esfuerzo por la libertad, sino también por el recuerdo de un pequeño orgullo mío: el de haber sabido sentir como causa propia la de la independencia de todos los pueblos oprimidos, singularmente la de las antiguas colonias españolas, y de una manera directa la de Cuba, cuya emancipación hizo vibrar de ardorosa simpatía mi adolescencia, entre la amenazadora incompreensión de una multitud ignorante y cruel.

Pocos asuntos habrá tan apropiados a mi temperamento como la celebración de esas fechas históricas, cuyo recuerdo pone a prueba la índole moral de los ciudadanos. La jornada en que un pueblo alcanza su libertad (aunque esa libertad colectiva necesite luego el transcurso de muchos años para completarse con la libertad individual) será siempre para mí un recuerdo glorioso.

No fuí entonces al Perú, privándome de cumplir un vivo deseo: el de regresar a Europa pasando por Chile y atravesando los Andes para visitar la Argentina y el Uruguay. Otra vez será. Pero mi espíritu asistió a la fiesta secular con viva emoción.

Ahora bien, ¿cuál hubiera sido mi palabra, si hubiese tenido que pronunciarla en aquella ceremonia? He aquí la verdadera ocasión de expresar un sentido personal de esa tan decantada fraternidad hispanoamericana que, modestamente, creo comprender en forma muy diversa de las llamadas fiestas de la raza.

Los pueblos de América, extinguido el odio bélico de las luchas separatistas, acogen con entusiasmo fraternal a los españoles; aclaman la representación de la vieja metrópoli; aunque esa representación sea exclusivamente oficial o protocolaria; y, en fin, invitan a los españoles que les parecen significativos a presenciar la exaltación jubilosa de los libertadores, como si al chocar de las copas en el brindis familiar se fundieran en una misma gloria vencedores y vencidos, y ya no quedara, como resto de las viejas querellas, más que una memoria de la común bravura y un rescoldo del fuego extinguido, para reanimar las cenizas del nativo hogar.

No. Yo no creo que sea esa fraternidad meramente material lo que se reanuda en esos días fastos. No se trata de una fraternidad de sangre. Por mi parte, os aseguro que jamás he sentido en esa forma mi afección por América. Al contrario: la raza, como motivo de unión entre pueblos, me parece un resto atávico de barbarie, una solidaridad de lucha contra las razas ajenas; un aspecto de xeno-

fobia, análogo al que suele desvirtuar en casi todos los países el nombre mismo de patria, convirtiéndolo en pasión de mesnaderos afiliados bajo un mismo caudillaje, para fines de hostilidad; o al que desvirtúa también la idea diplomática de bandera, retornándola a su originaria derivación de «bando», grupo de luchadores que se segregan de la comunidad. Me atrevo a afirmar que la civilización consiste en la victoria progresiva de la idea de humanidad contra la de raza. La primera es integradora; la segunda, disgregadora. No hay peor separatismo que el propio concepto de raza. Y sería el más paradójico de los contrasentidos declarar extinguido el separatismo de las antiguas colonias españolas y proclamar, en cambio, una solidaridad de raza española no fundada en ninguna comunidad de fines espirituales. Las colonias españolas se separaron inspiradas por un ideal generoso: la libertad. Pues bien: sólo una comunidad en los ideales de libertad debe volver a unirlos. Así se demostraría que las colonias se separaron de la metrópoli para poder unirse a ella en «espíritu y verdad». Por encima de los vínculos de la fuerza, el odio, el odio justo y santo, las separaba. El amor, hijo de la libertad, volverá a unirlos.

* *

Suele decirse: España puede celebrar con sus hijas de América el centenario de la independencia de esas Repúblicas; porque aquellas luchas fueron, en realidad, guerras civiles, entre hermanos; el odio de los americanos no se dirigía contra España, sino contra sus Gobiernos; no era distinto del que animaba a los propios libertadores españoles que daban su sangre por la Constitución. Bolívar es una gloria española, una especie

de hermano mayor de Torrijos o del Empecinado...

Justo es que ciertos incondicionales de la pasión españolista sepan, en ese aspecto, distinguir, entre los ataques a la Nación española y las luchas contra el Estado español. No siempre han sabido hacer esa distinción fundamental, que evita el peligroso sofisma por el cual los gobernantes crueles o ineptos pueden escudarse con el nombre de la patria. Muy reciente está el caso en que la protesta de los españoles emigrados, disconformes con la dictadura militar, ha sido tendenciosamente presentada como antipatriótica, a pesar de la clarísima intención que los movió.

Pero hay algo que objetar a la teoría que identifica las guerras de emancipación americana con las luchas por la libertad civil española, hoy tan lastimosamente fracasadas. Quiero decir que, aparte la sublevación de Riego, en 1820, ha faltado el sentido de solidaridad espiritual entre el esfuerzo de los americanos y el de los españoles. Dejo aparte los contadísimos casos individuales, singularmente, el más excelso, el de Pi y Margall, cuya gloriosa actitud de protesta en los días aciagos de la guerra de Cuba, fué considerada como antipatriótica.

¿Se quiere que el recuerdo de la independencia americana sea también un sentimiento feliz para España? Pues bien; imaginémoslo como una fiesta de la raza espiritual, vínculo entre los hijos de una misma estirpe psicológica. Si americanos y españoles lucharon entonces contra el yugo de una común tiranía, sólo podrán unir hoy sus manos en la celebración de aquellos fastos los que pertenezcan a la misma prosapia de almas: los que sean capaces de sentir la libertad. ¿Aquellos héroes de América son héroes españoles? Está bien; pero ¿de qué España? De la misma España que querían construir los patricios que morían en las horcas fernandinas o bajo las balas de la represión isabelina. No ciertamente de la otra España. He aquí, pues, el verdadero hispanoamericanismo que urge levantar. América tiene su tradición de libertad, victoriosa por lo menos en su aspecto colectivo. Y una de las dos Españas espirituales que luchan en su forzada convivencia territorial tiene también su tradición libertadora, aunque no haya sido coronada por el éxito. Y sólo esa España tiene derecho a celebrar sus Ayacuchos en comunidad con América.

Visto bajo esa luz el problema de la reintegración hispanoamericana, adquiere una claridad novísima. La dependencia colonial no era un lazo de

unión, sino un impulso de odio. Desaparecida esa causa de repulsión, sólo quedan motivos íntimos de concordia. Se rompió el nudo material, para que mejor pudiera enlazarse el abrazo fraterno. Hablemos de lo que nos une; olvidemos lo que nos separó, como no sea para abominarlo. Y lo que nos une no puede ser otra cosa que un común amor por el sentimiento que a unos y otros nos da capacidad personal para unirnos: la libertad. Si unos y otros no somos libres y capaces de sentir esa libertad, ¿cómo podríamos unirnos?

Yo imagino la solidaridad hispanoamericana como una alianza implícita para fines de apelación mutua en momentos de angustia para la libertad. La gran familia hispana, bipartida en su territorio, a través del Atlántico, debería constituir, en sus selecciones o aristarquías, un Tribunal de alzada contra las posibles regresiones a la vieja tiranía, en el territorio de aquende el mar o en el de allende. ¿No se dice que un mismo sentimiento libertador animaba a los españoles de 1812 y 1820 y a los vencedores de Ayacucho? Pues que un mismo sentimiento libertador nos una también para renovar, cuando sea preciso, en España o en América, la jornada de Ayacucho. Y España necesita hoy su Ayacucho.

* *

Queda otro aspecto en esa cuestión. Los pueblos actuales de América ¿en qué relación histórica se encuentran respecto a los pueblos de la América precolombiana y a los imperios que la conquista española destruyó? ¿Son herederos y reconstrutores lejanos o, por el contrario, continúan la tradición de los invasores? Si yo hubiese tenido la suerte de encontrarme en tierra del Perú los días del centenario de Ayacucho, hubiera percibido el gran deber histórico que incumbía a los rivales de 1824, al darse la mano sobre el solar de sus antiguos campamentos. Aquella tierra palpitaba con un intenso latido que sólo podían sentir los capaces de una profunda compensación histórica. Remontando, en el tiempo, a través de la era colonial, pasando sobre el fausto de los virreyes, la ceniza de los quemaderos, la memoria monacal de Rosa, el contenido hervor de las añoranzas incaicas, la dureza de las represiones, llegábamos, con la evocación del recuerdo, a los días de la conquista. Allí estaba Pizarro, erguido sobre su gloria injusta, rojo de la sangre de Almagro y, sobre todo, transmitido a la posteridad llevando sobre la frente el sacrilego regicidio de Atahualpa... Ahí, en esa vinculación histórica, ra-

dica el verdadero problema de la conciencia hispanoamericana. Diveras posiciones pueden ser adoptadas para enfrentarlos. La más corriente es la santificación de la conquista como recuerdo glorioso, sin atenuaciones. Contra la llamada leyenda negra se quiere edificar la leyenda dorada. Por la raza, la raza-ídolo, la gesta horrible es divinizada, sus hombres declarados modelos de energía; el P. Las Casas menospreciado, Ercilla censurado porque vió en Cautin el héroe verdadero de su poema. Si escuchamos a esos sectarios del patriotismo ciego, los pueblos actuales de América son los herederos de la raza metropolitana y continúan su fanática transfiguración de la antigua epopeya sangrienta.

Contrariamente a ese criterio, ¿hemos de ver en las Repúblicas de América los resurgimientos de los antiguos imperios destruidos y el recomienzo de la vitalidad aborígen? Los pueblos emancipados, ¿han de acogerse a la tradición de la independencia precolombiana y ver en la liberación una lejana vindicta de los reinos usurpados por los conquistadores iberos?

Mi convicción es otra. Creo que la libertad es una purificación. En la historia, una gesta libertadora puede llegar a ser la compensación de una gesta tiránica, extinguiendo la mancha que obscurezca una indudable gloria. Pues bien; para los que no admitimos aquella interesada desfiguración de la historia, la verdadera misión espiritual de América es un rescate; rescate de España y de sí misma. América ha de ser, a un tiempo, la continuadora de ambas tradiciones americanas, la de los imperios destruidos y la de los conquistadores. Con ambas construirá un ideal noblemente compensador: la raza espiritual, selección de los hombres capaces de elevarse sobre los celos materiales de la estirpe y alistarse en las luchas imaginarias y reconfortantes bajo todas las banderas perseguidas. Sentir la herencia de Guatimozín y de Atahualpa contra todos los Cortés y Pizarros, como han sabido fundirse los españoles dignos con los dignos americanos al amparo de la común gloria de Ayacucho o bajo la enseña quijotesca de Bolívar.

Palma, junio de 1925.

(De *La Nación*, Buenos Aires).

Alfar
Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Eldorado, enigma de la historia americana, era el Perú de los Incas ⁽¹⁾

Por

MANUEL DOMÍNGUEZ

SE sabe que las once o doce primeras expediciones que partieron del Río de la Plata al NO. desde 1524 a 1548 fueron atraídas por el brillo fascinante de Potosí, la Sierra Encantada ⁽²⁾: Las dos siguientes, la de Irala (1553) y la de Chaves (1557) y tantas otras que antes y después salieron del Brasil, la Guayana, Venezuela y el Perú ⁽³⁾, y algunas a fines del siglo XVIII corrieron en busca de *Eldorado*, que en la vaguedad del horizonte, brillaba y huía, siempre erizado y fugitivo, enigma de la historia americana, que ha quebrantado la mente de soldados, misioneros, historiadores y geógrafos, durante 400 años, idea o anhelo obsesionante que empujó y sostuvo la energía de la conquista. Los españoles, dice Renán, no hubieran conquistado la América, si no hubiesen esperado encontrar *Eldorado*!

Y ¿qué era este *Eldorado*, obsesión de la conquista? ¿Era una sombra, una ilusión o algo concreto y positivo? Hubiera sido un fenómeno inexplicable que no fuese algo real y palpable esa cosa que tanto se buscó, desde todas partes, en todas direcciones. Si hasta la Cólquide, casi mitológica, donde estaba el Velloco de Oro, ha podido ubicarse en la Mingrelia ¿por qué *Eldorado* no sería también algún sitio geográfico, país o reino, tal vez embellecido por la fantasía?

Un escritor decía refiriéndose a *Eldorado*, que para describir «el poema de la nueva

Cólquide» se requería «el sólido saber de un Reclus, unido a la imaginación esplendorosa y al arte sutil de un Shelley»; pero sin necesidad de tanto, voy a decir en qué consistía «ese fantasma que llamaba al conquistador a toda hora». Enunció mi tesis sin tardanza.

Eldorado era sencillamente el Perú que se buscó en otras partes a causa de la confusión de los nombres y de los relatos adulterados por la distancia. La historia va a darnos sus datos esenciales, pero veamos primero:

Los diversos nombres con que se designó Eldorado.—Nufrio de Chaves lo llamó «Tierra Rica» ⁽¹⁾; los soldados que le abandonaron en Chiquitos y volvieron a la Asunción, «La Gran Noticia» ⁽²⁾, frase que tiene el alcance de un nombre propio; el Virrey Toledo, «Reino de Paitití» ⁽³⁾; «Barco de Centenera», «Laguna de Paitití», «Laguna de Sol», «La gran noticia de los Mojos» ⁽⁴⁾, y rimó sus bellezas auríferas en *La Argentina* (canto 5º); Martín de Orué y Juan López de Velazco, «Laguna del Dorado» ⁽⁵⁾.

En suma, se trataba de una tierra o reino, de siete nombres, país singular que se asocia tres veces a la idea de un «Lago» o «Laguna» y una vez a la idea del «Sol». *Eldorado*, notación breve de todas esas designaciones, es el vocablo que prosperó y voló a todos lados.

Ubicación de Eldorado, según los conquistadores del Río de la Plata, el geógrafo López de Velazco y los Plenipotenciarios Maúrtua y Mujía.—Chaves entendía que estaba al Oriente del Alto Paraguay; el Virrey Toledo lo situaba al Este del Perú; Barco de Centenera en la provincia de Santa Cruz de la Sierra; López de Velazco al Norte del Puerto de los Reyes; Haenke, igual que Toledo; Liborio Zerda en Cundinamarca, en el lago Guatavita; el doctor Víctor Maúrtua, peruano, ex plenipotenciario ad hoc en la cuestión de límites entre su país y Bolivia, ponía «Paití» o sea «Eldorado», en el departamento del Beni y el doctor Ricardo Mujía, ex Ministro boliviano ante

el gobierno del Paraguay, lo indentificó con parte del Chaco Boreal.

Ubicación de Eldorado, según los Diccionarios Enciclopédicos.—Enseñan que se buscó *Eldorado* en la Guayana y Sir Walter Raleigh cerca del Orinoco, otros al Norte y también al Sur del Amazonas, al Oriente de los Andes, en una meseta de Colombia. Algunos de esos diccionarios se hacen eco de la opinión de Zerda consistente en que *Eldorado* era el lago Guatavita a donde los Chibchás arrojaban ofrendas de oro a la diosa escondida en su fondo azul. O sencillamente, agregan, la leyenda de *Eldorado* era una ilusión que derivó de la refracción de la luz solar en unas rocas de mica situadas en la Guayana; ¡*Eldorado* retracción de la luz solar!

Y así pasó a significar en los léxicos un «país imaginario, paraíso de riquezas y abundancia». *Eldorado*, en fin, era fábula o leyenda de dudoso gusto y sus huellas tenían que ser impalpables como los giros de un sueño.

Y para probar que no era sueño ni leyenda nos basta analizar un documento, la *Información de Hernando de Ribera*, corroborada por algunos datos de Nufrio de Chaves, que están al alcance de todos. Pero antes conviene saber:

Quién era Hernando de Ribera.—Resbalando sobre lo accesorio, digo que el Capitán Hernando de Ribera vino con Gavoto y por razones en que no me detengo, se quedó con otros en el Río de la Plata, se estableció en la Cananea y después en Santa Catalina de donde se incorporó a la población de Buenos Aires que acababa de ser fundada por don Pedro de Mendoza. Este, por su consejo, despachó a Salazar en seguimiento de Ayolas, y el propio Ribera se embarcó con Salazar y fué uno de los que opinaron que debía fundarse en la tierra de los guaraníes una casa fuerte, origen de la ciudad de la Asunción. Después integró la expedición de Alvar Núñez al Puerto de los Reyes. El 29 de diciembre de 1543 sale de allí con 52 soldados; entre éstos Schmidel, en el bergantín *El Golondrina*, con dirección a los Jarayes, oye aquí cosas extraordinarias y saliéndose de sus instrucciones se interna hacia el Norte hasta ponerse a los 14º y 20'.

Llamado por el Adelantado vuelve al Puerto de los Reyes, y se sabe lo que sucedió después: peste en dicho puerto y vuelta a la Asunción, sublevación de los Oficiales Reales y Prisión de Alvar Núñez.

Los sublevados victoriosos estaban por embarcar al Adelantado para España, cuando Hernando de Ribera, el 3 de marzo de 1545, en la iglesia de la Merced, de la Asunción, hizo labrar una acta por el escribano Pedro Hernández, ante cuatro testigos, jurando decir la pura verdad, «por Dios y por Santa María y por las palabras de los Santos cuatro Evangelios, poniendo corporalmente su mano derecha en un libro misal que al presente tenía el Rev. Padre

(1) Conferencia leída por el Dr. MANUEL DOMÍNGUEZ, al incorporarse como socio correspondiente, en la sesión del 31 de mayo de 1924. Fué recibido por el Dr. Martiniano Leguizamón, quien pronunció en esa oportunidad las siguientes palabras:

«Consecuente con la política espiritual que prometí al asumir la presidencia de nuestra Junta, para atraer a los intelectuales de mayor valía de los países hermanos a quienes nos unen los vínculos de un común origen, viene hoy a ocupar esta tribuna el Dr. MANUEL DOMÍNGUEZ, una de las figuras más representativas del Paraguay.

«Hombre de letras, historiador y maestro, ha penetrado como pocos en el alma de la raza conquistadora y de la raza indígena.

«Va a evocar algunas de aquellas admirables figuras de la conquista, hombres fieros en la pelea y heroicos en el infortunio, cuyas aventuras asombran por su peregrinar sin reposo a través de la tierra desconocida en pos del ensueño del mítico metal, que huía siempre ante sus ojos deslumbrados, como las brillanzas fantásticas de nuestra Pampa que brillan a lo lejos y se desvanecen para reaparecer más allá...

«Con su estilo original, conciso, elegante y expresivo, nos explicará la leyenda de *Eldorado*, el país quimérico que enfervorizaba ensueños de codicia.

«He querido sólo presentarle el saludo de la Junta, anticipándole al mismo tiempo el agrado con que vamos a escucharlo. Le entrego complacido la tribuna.»

(2) Ver mi monografía: *La Sierra*.

(3) Irala estaba muy bien informado de esas expediciones y de su objeto. «Esta noticia (de *Eldorado*), es la que se platica y aprende en el Perú, Santa Marta, Cartagena y Venezuela», decía al Consejo de Indias (Carta, 24 de julio, 1555.)

(1) Colecc. Garay, pág. 294 y sigtes. y pág. 398, preg. 9.

(2) Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*, libro 3º, cap. 5º. También se nominaba «Tierra de la Noticia», Colecc. Garay, pág. 328, preg. 11.

(3) *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo 2º, Apéndice 3º, igual que Pedro de Peralta en su poema *Lima Fundada*, canto 4º, estancia 60.

(4) Trelles, *Revista Patriótica del Pasado Argentino*, tomo 4º, pág. 75, atribuye a Centenera una carta al Rey, que transcribe, donde están consignados dichos nombres.

(5) Colección Garay, pág. 165 y *Geografía y Descripción Universal de las Indias*.

Francisco González de Paniagua» (1). El acta es la *Información* que estaba destinada al Rey, y debía ser llevada por la carabela que iba a conducir al Adelantado preso, y ¿qué es lo que juró el Capitán con solemnidad tan inaudita? Consistía en dos cosas:

Lo que decía la Información. — Es la primera que hacia el NO. según relato de los indios que vivían al Norte de los Jaraques, había unas mujeres que él llamaba «flecheras», heroínas que se batían como los hombres y tenían el mal gusto de excluirlos de su comunidad, evocando los clásicos recuerdos del Reino de Termodonte — primera noticia de las Amazonas, en el Paraguay — dato en que no me detengo, notando solamente, al vuelo, que Humboldt, La Condamine y Barbosa Rodríguez están porque las hubo y que el doctor Bertoni, en el libro que acaba de publicar, entiende que aquellas donosas guerreras eran guaraníes.

La segunda cosa jurada por Hernando de Ribera es la descripción de *Eldorado*, origen del famoso enigma que hizo flotar la imaginación en maravillosas conjeturas, y que, en realidad, no es otra cosa que la descripción exacta y concreta del Perú. El país misterioso a que se refiere Hernando de Ribera y que después Chaves denominara «Tierra Rica» y sus soldados «La Gran Noticia», el Virrey Toledo «Paitití», Barco de Centenera «Laguna del Sol» y «Reino del Gran Mojo», Orué y López de Velasco «Laguna del Dorado», rasgo por rasgo, conforma con lo que sabemos del Imperio de Oro de Atahualpa. Veamos los datos de Ribera, abriendo el análisis con los cuatro primeros e imbricándolos con algún cuidado para que no quede ningún hueco.

Pruebas invencibles de que Eldorado era el Perú. — Son las siguientes:

a) Dirección en que estaba el país descrito por Ribera. Estaba al poniente del Alto Paraguay, dice el contexto de la *Información* (2), coincidiendo con Chaves (3), rumbo en que se extendía el Perú Incaico, desde el 2.º grado de Lat. Norte hasta los 37 de Lat. Sur, serpiente de más de 700 leguas de largo y de 120 a 150 de ancho, leguas de a 17 y 1/2 al grado. (Garcilaso, López de Velasco, etc.)

b) Límite arcifinio. Al otro lado de aquel país misterioso, las «aguas eran saladas» y surcadas por grandes naves, continúa Ribera (4), alusión indudable al mar de Balboa, el Océano Pacífico, límite del Perú incaico y hasta del Perú actual.

c) Población española. En *Eldorado* de Ribera, aparte de los indígenas, había ya cristianos (5), caso en que se encontraba el Perú. Su conquista estaba terminada. Pedro

Anzures había ya fundado Chuquisaca (1539) y hacía cuatro años que habían asesinado a Pizarro (1541). En el Paraguay aislado, a causa del factor distancia, no se sabía lo que sucedió, y sucedía en el Perú.

d) Abundancia de oro y plata. Ribera insiste seis veces en este dato como en un rasgo que imprime carácter y era el punto capital para la conquista (1) y no necesitamos decir que el Perú incaico era la tierra rebosante de los clásicos metales que allí no servían de moneda y sí de adornos y de ofrendas religiosas. Los peruanos extraían la plata del Cerro de Porco, y el oro de los arroyos de las minas de Curimayo y de las faldas del *Illimani* vocablo que significa «cosa eterna», nombre adecuado a aquella mole que sobrevivirá a las razas humanas. Los datos que vienen son más típicos:

e) Alusión al Cuzco. Añadía la *Información* que había en esa Cólquide pueblos que se perdían de vista (2). Restringiendo el plural al singular, tenemos una alusión directa al Cuzco, capital del Perú, la ciudad más grande de Sud América, de 200.000 habitantes, sin contar la población de los barrios (Prescott).

f) «Las casas eran de piedra y tierra», y así eran en el Perú. Templos, fortalezas, palacios del Inca y de los nobles, eran de granito o pórfido. Las moradas de los pobres eran de barro (Prescott).

g) La casa del monarca era hecha de metal por dentro (3), referencia al palacio del Inca, casi literalmente forrado en su interior con planchas y adornos de oro y plata (Garcilaso, Cieza de León).

h) «Las ataduras de las casas eran de metal amarillo» (4), aserto que parece cuento inverosímil y que, sin embargo, resulta verdad, si coartando el alcance de la frase, se aplica a los templos, los cuales tenían frisos de oro, de palmo y medio de ancho, incrustados en las paredes exteriores donde parecían «ataduras» o cinturones que las enlazaban (Prescott).

i) Arte de hilar y de tejer. Ribera reitera insistentemente, cuatro veces que los habitantes de aquel país extraño iban muy bien vestidos, dato que confirma Chaves (5), y no había en América gente mejor trajeada que la peruana. Mama Ocllo enseñó a los indígenas el arte de tejer y de hilar — decía la tradición o la leyenda — y la verdad es que hilaban y tejían las fibras del *maguey* (agave mejicano), el algodón y el vellón del llama y la vicuña (Walton) (6). Ley del Imperio era que toda mujer hilase desde los cinco años hasta la ancianidad.

j) Adornos de los vestidos. «Bordaban sus vestidos con piedras preciosas» — amplía la

Información (1) — modo de engalanarse los Incas. «Conocían el arte de cortar las piedras preciosas» (Prescott).

k) Orfebrería. «Tenían — sigue la *Información* — grandes vasijas de oro y plata» (2), referencia también exclusiva a los peruanos. Basta recordar algunas de las cosas que llevó Hernando Pizarro a España en 1543: 38 vasijas de oro, 48 de plata, cántaros, ollas, tinajas. En los sepulcros de los Incas se han encontrado vasos de oro y plata (Ulloa, Pedro Pizarro). El dato fehaciente es que el Perú estaba en el período de la orfebrería, en tanto que casi todos los demás indígenas eran apenas alfareros.

l) Agricultura. «Eran labradores», recalca la *Información*, grandes labradores, y es constante que en ninguna nación americana la agricultura estaba tan adelantada como en el Perú. Su Ley Agraria aseguraba hogar en terreno propio a cada familia. Sistema de riego perfecto, abono de tierra con guano, procedimiento después adoptado por Europa y Norte América. El Inca, como el emperador de la China, abría cada año el primer surco con un arado de oro, en presencia de la Corte y del pueblo. La ociosidad era un crimen. Allí, más que en la Rusia actual, era verdad que «el que no trabajaba no comía...»

ll) «Había muy grandes mantenimientos», canta el texto, otra referencia al Perú, donde el sobrante de cada cosecha se depositaba en espaciosos almacenes en prevención de las carestías.

m) «Criaban mucho ganado de ovejas muy grandes». Estas ovejas eran los llamas, «carneros del Perú», rumiantes de tres estómagos, de un metro de altura; pertenecientes al Sol y al Inca. Rebaños inmensos llenaban el Imperio porque no se mataban las hembras.

n) «Dichas ovejas eran animales de carga», según la *Información*, porque servían de acémilas. Cada llama lleva hasta cuatro arrobas, y se veían recuas de 500 y 1000 transportando las mercaderías de los peruanos. Los peruanos eran los únicos indígenas que sometieron los animales domésticos a su servicio. (Prescott).

ñ) Armas. Aparte del arco y la flecha, «hachas, lanzas y rodela de metal» (3), armas propias de los peruanos.

o) Música. Delante del monarca «todos se juntaban a cantar con unos instrumentos de metal verdadero, a manera de cañas gordas, las cuales están vacías» (4) Son las trompetas, flautas (quenas) y atabales o tambores con que los peruanos, en las fiestas del Raymi, producían una sinfonía salvaje, en presencia del Inca, en el solsticio de verano.

p) «Cada generación y población tiene solamente uno de la misma generación a quien todos obedecen», dato que parece no

(1) Ver mi monografía: *Las Amazonas y Eldorado*.

(2) Los indios «informaron y señalaron que a la banda del Oeste había muy grandes poblaciones».

(3) Colecc. Garay, págs. 294 y siguientes.

(4) «Decían (los indios) que tenían noticia que en la otra banda, en el *agua salada*, andaban navíos muy grandes».

(5) «Entre las dichas poblaciones (indígenas) hay otra gente de cristianos».

(1) «Es gente que posee mucho metal blanco y amarillo».

(2) «Hay pueblos tan grandes que en un día no pueden atravesarse de un cabo a otro».

(3) Colecc. Garay, pág. 301.

(4) Id., pág. 301.

(5) Id., págs. 294 y siguientes.

(6) Chaves dice que «hilaban los pelos de muchos animales que eran como venados chicos (la vicuña o el guanaco), y hacían ropa». Colecc. Garay, pág. 295.

(1) Y «tenían piedras de que traían bordadas las ropas y relumbraban mucho», se añade.

(2) La gente se servía «de vasijas, ollas y tinajas muy grandes... hechas de metal blanco y amarillo». Igual Chaves, Colecc. Garay, págs. 294 y siguientes.

(3) Colecc. Garay, pág. 300.

(4) Id., pág. 295.

componerse con lo que sabemos del Imperio Incaico, sujeto o un solo monarca, pero a golpe hecho, se desvanece la objeción con notar que los caciques de las naciones vencidas, los *curacas*, eran confirmados en sus puestos, a condición de entregar en rehenes a sus hijos, que eran llevados al Cuzco para inculcárseles la lengua y las leyes del imperio. Otro documento advierte que siempre había un «principal que era Señor de todos y se llamaba *Candire*,⁽¹⁾ uno de los tantos nombres del Inca en el múltiple vocabulario indígena⁽²⁾.

q) El Lago Titicaca. «Por la banda del Oeste había un lago muy grande», dato geográfico decisivo que se lee seis veces en la *Información*, y en ese rumbo, mirando desde el Alto Paraguay, está cabalmente el Lago Titicaca, a 3.900 metros de altura, entre las nubes. Era natural que la noticia del *Agua Sagrada* de los indígenas, repercutiera muy lejos. ¡Era el lago de los misterios y leyendas! Bajo sus olas dormía el Edén, sueño de la raza, y era, como el Valle de Josafat, el sitio prefijado para el día del «gemido y lloro Universal»⁽³⁾.

r) «Y no se parecía tierra de una banda a la otra», insiste el Capitán. Sin duda posible: ¡el Titicaca! Tiene cincuenta y tantas leguas de largo y 25 de ancho. Un pequeño mar perdido en una cima de los Andes.

s) Isla de Titicaca con el templo del Sol. «Había en una parte del lago la *Casa del Sol*», certifica Ribera. Esa parte del lago es la isla llamada también *del Inca* o *Titicaca* que significa *Isla del Plomo—o de Estaño—* de tres leguas de largo y una de ancho, regada por trece arroyos, nombre de la parte que se extendió al todo. (Alcedo, *Dicc.*, etc.) Todo templo era *Casa del Sol* y había dos muy famosos, el del Cuzco y el de la Isla Titicaca. El más antiguo y venerado había sido el último al cual alude la *Información*. De su nombre indígena y de lo que era en realidad, vamos a hacer un corto incidente.

t) *Coricancha*, era el nombre quichua del templo del Sol. Es vocablo que vale *Casa de Oro* (Kramer) como en la Letanía Lauretana, y no se alejaba mucho de su realidad substantiva. Era de piedra, pero sus paredes interiores estaban cubiertas de adornos de oro, «lágrima que llora el Sol» y el suelo cubierto con polvos del mismo metal. Su puerta principal miraba al Oriente como el *Coricancha* del Cuzco y tenía pegada en la pared interna del poniente una gran lámina de oro, de innumerables rayos en que estaba grabado un rostro humano, emblema de la deidad luminosa y donde al refractarse la luz del Sol naciente iluminaba el interior del templo con refulgencias fan-

tásticas. (Prescott). Era la maravilla del Nuevo Mundo y su fama voló de tribu en tribu hasta llegar a los confines de América. Ahora sabemos por qué algunos conquistadores, como Diego de Ordaz, buscaran cierta *Casa de Oro*, rumor lejano y traducción literal del vocablo *Coricancha*, imán ubicado a veces en otras partes a causa de la distancia y de la confusión de los relatos, entrecruzados con otros, por el camino. Los indígenas que hablaron de la *Casa de Oro* a Ordaz en la Guayana y a Ribera de la *Casa del Sol* al Norte de los Jarayes, no les engañaban, pero los conquistadores, en su férvido estado psicológico, delirio del oro sin igual, creyeron bastante más de lo que oyeron. Lo extraño hubiera sido que no colaborara la imaginación del indígena y del conquistador al ir rodando la noticia del prodigioso *Coricancha*.

Y aparte de cien datos que abrevio, creo que el mapa que acompaña a la 1.^a edición latina de Schmidel, nos dá la intuición sensible del templo de la Isla Titicaca.

Sobre el edificio, dentro del círculo luminoso, parece arder una antorcha que sería el fuego sagrado encendido en cada festividad del Raymí y custodiado por las Vírgenes del Sol. Es así visible por qué Centenera nominó «Laguna del Sol» a la maravilla que cantó exagerándola. Valía tanto como decir «Lago de Titicaca con su *Coricancha* o *Casa del Sol*», abreviado después en el nominativo *Eldorado*⁽¹⁾. Pero también el Arcediano le llamó *Paititi* y su etimología va a ser la cinta que ata los veinte datos precedentes.

u) *Paititi* significa «aquél (Monarca) del Titicaca»⁽²⁾, designación del Inca. *Titi* es contracción de *Titicaca*, abreviación continua en estas lenguas polisintéticas de América, de aféresis, síncopas y apócopas, en que los vocablos se mutilan a discreción. La frase sería una alusión a la tradición o leyenda que daba por cierto que en el Lago Titicaca o en sus orillas empezaron a dominar los regios fundadores del Imperio.

Es palpable que la filología es ciencia auxiliar necesaria de la historia. Arroja luces inesperadas sobre puntos oscuros. Ella nos dá la clave de las primeras expediciones con decirnos que los guaraníes llamaban *Caracaraes* a los peruanos; nos pinta con precisión su punto de mira con explicarnos que *Potojchi* significa *Sierra de la Plata*; nos informa que no era delirio la *Casa de Oro* que buscó Ordaz y que *Paititi* era una de las tantas maneras de designar el Reino del Perú.

Y así la filología nos explica un fenó-

(1) Ruy Díaz de Guzmán asevera que cuando Irala emprendió su viaje al Perú (1548) «dijéronle también estos indios (los Timbus del interior del Chaco) como entre el Brasil y el Marañón y las encabzadas del Río de la Plata, había una Provincia de mucha gente que tenía sus poblaciones a las riberas de una gran laguna y que poseían una gran cantidad de oro de que se servían, y así le dieron los españoles a esta laguna por nominación *Eldorado*» (Lib. 2.^o, cap. 7). Ruy Díaz ni sospechó que se trataba del Lago Titicaca. Las Amazonas, a quienes alude en seguida, parecen indicar que en realidad trasuntaba el relato de Hernando de Ribera.

(2) Dr. Ricardo Mujía, *Bolivia-Paraguay*, tomo 1.^o pág. 159.

meno extraño y es que desde el Perú saliesen expediciones a buscar el Perú. Es que lo buscaban con otro nombre, el de «Paititi» como lo hizo el Virrey Toledo. «Perú», corrupción de «Pelú», un río, decían los españoles; «Caracaraes», decían los guaraníes; «Tavantinsuya» (las cuatro partes del mundo), decían los quichuas del Occidente, y «Paititi», decían las tribus del Alto Paraguay: cuatro nombres de un solo reino. Añádase la ignorancia de la geografía y supóngase la imaginación sobreexcitada en aquella edad pasmosa en que los conquistadores iban de maravilla en maravilla, en la fauna, en la flora y en reinos, como el de Montezuma y Atahualpa, y se tendrá explicable el loco empeño de Toledo al anhelar lo que poseía y buscar lo que palpaba...

Y volviendo a la tesis, convengamos en que la prueba de que *Eldorado* era el Perú, es formidable. Hemos producido veintidós datos coincidentes, inequívoco, conexos; veintidós elementos de juicios convergentes en una sola dirección. Ese concierto sería inexplicable, diría el finado Fregeiro, en el supuesto de ser falsa nuestra tesis. La conclusión es sin vueltas: *Eldorado* era el Perú. ¡Es la evidencia misma! Y no repetirán los diccionarios en sus nuevas ediciones, supongo, que *Eldorado* era el reflejo de las rocas de mica situadas en la Guayana. El Perú incaico no era mica, ni roca, ni reflejo...

¿Y por qué nadie analizó la *Información* de Hernando de Ribera donde es palpable que *Eldorado* era el Perú? Por descuido. La *Información* no estaba en un códice ni en un incunable. Corría impresa en una edición francesa de Charlevoix, desde fines del siglo XVIII; la reprodujo la «Colección de autores Castellanos», la copiamos en la *Revista del Instituto Paraguayo* y la hicimos volar en folleto. Nadie la leyó y menos pensó analizarla.

Es una prueba más de la frecuencia con que olvidamos la operación elemental. Diplomáticos, historiadores, literatos, que trataron las cuestiones de límites de estos países, por ejemplo, daban por cierto que la jurisdicción de Almagro llegaba al Atlántico, por no haber leído la capitulación de don Pedro de Mendoza con el Rey, donde el Adelantado se obligaba a defender la «demarcación de la Corona de Castilla», lo que excluía, de plano, dicha jurisdicción de la costa del Océano.

Otro caso: Lozano, Guevara, Azara y sus repetidores, ciento o más, dijeron que Ayolas fundó la Asunción porque Schmidel lo dijo, según la primera edición latina. Observé a Lafone Quevedo que Ruy Díaz de Guzmán atribuye dicha fundación a Salazar de Espinosa y entonces Lafone Quevedo practicó la operación elemental leyendo el texto alemán y resultó que Schmidel no dijo lo que le hizo decir la primera edición latina! Lozano y demás quedaron desbaratados.

¿Por qué Garay no fijó límites a Buenos Aires? La explicación está en la ley 6.^a, tít. VII libro 4.^o de las Leyes de Indias, que

(1) Id. id.

(2) *Caracaraes, Paizunoos, Candires*, etc.

(3) Memorial Histórico-Lingüístico del Padre Salas al Príncipe de Esquilache, 1618, con Anotaciones Documentales del franciscano Viscarra, La Paz, 1901. Hay allí datos históricos y geográficos sobre el Lago Titicaca, sus diversos nombres y etimologías, sus leyendas y hasta sonetos que cantaron sus bellezas y misterios, todo utilizable en cierta medida y a condición de prescindir de las absurdas identificaciones con la historia bíblica.

prohibía fijar linderos a las ciudades marítimas, y Buenos Aires, en concepto de los conquistadores, estaba sobre el *Mar Dulce*. Nadie leyó dicha ley.

Siempre, o a menudo, se escapa la operación elemental, y esto recuerda la discusión sobre si la salamandra, arrojada al fuego, se quemaba o no se quemaba. La discusión se encrespó y los escritores hacían danzar a todos los autores, desde Plinio a no sé quienes, hasta que un labriego, fastidiado de tanto ruido y tanto Plinio, realizó la operación elemental en que nadie había pensado: tomó una salamandra, la arrojó al fuego... y vió que se quemaba. Soy el labriego del cuento, en nuestro caso; *Eldorado* la Salamandra y la *Información* de Ribera el fuego, piedra de toque o como se quiera, que dá experimentalmente la solución sencilla del problema.

Lo cual prueba que en materia de crítica histórica estábamos en la edad de piedra. Faltaba la tradición y a formarla contribuyen centros culturales como esta «Junta de Historia», así con las monografías de sus ilustrados miembros. En igual caso se encuentra el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Sólo la crítica que depura la verdad, nos dá el alma de la historia. En el Río de la Plata, en las once o doce primeras expediciones, el alma, vale decir, la causa impulsora del torrente de la conquista, es la visión brillante de la «Sierra de la Plata», y en las siguientes el espectro, también brillante, del «Reino de Paititi».

Y lo curioso es que quienes soñaron con este reino, acabaron sin saber que habían corrido tras la sombra de un imperio ya descubierto y conquistado.

¡Y de qué manera acabaron! En un epitome recordaba el fin de algunos de ellos:

Un hermano de Santa Teresa de Jesús, tragado por el Chaco; Juan de Ayolas, heredero del Adelantazgo del Río de la Plata, asesinado, en la flor de sus años, en Candelaria; don Francisco de Mendoza, gentil hombre del Emperador Carlos V, mayordomo del Rey de los Romanos, degollado en el patíbulo; Juan Salazar de Espinoza, Comendador de la Orden de Santiago, fundador del fuerte, origen de la Asunción, «para estar más cerca de la Sierra de la Plata», con sus sueños de Salomón, muerto en la última pobreza; Chaves y Garay, centellas de la conquista, caídos a los golpes del indio pérfido, y en el prólogo del terrible drama, no igualado por la ficción de los poetas, el brillante Osorio, apuñalado en la bahía de Río. *Fallo que doquiera sea tomado Osorio, mi maestro de campo, sea muerto a puñaladas o a estocadas o de cualquiera otra manera, hasta que el alma le salga de las carnes*, decía la sentencia que pronunció el airado don Pedro. Es la frase más irritada que nos ha dejado la conquista. A la distancia de 400 años todavía nos quema esa dicción encendida en ira... Si cada alma es un abismo, ¿qué psicómetro sondeará lo que pasó en aquel enfermo? En la *Tempestad debajo de un cráneo*, célebre capítulo,

de una célebre novela, se dice que hay un espectáculo más grande que los mares y los cielos: ¡el interior del alma!

Y el fin del mismo don Pedro...! Un año y siete meses después de la tragedia de Río fué sepultado con su inmensa ambición, en la tumba también inmensa del océano. *Le arrojaron al mar*, —dice Oviedo, con aquel estilo en que se siente el aroma del romance antiguo—*para que sus vanos pensamientos tuviesen una sepultura muy mayor que la del Rey Mausoleo*. Y prescindimos de los actores del otro drama contemporáneo, en el Perú: Almagro, el héroe de las cien batallas, agarrotado, y Pizarro asesinado en su palacio...

Estas cosas, añadía, miradas de conjunto, desalientan, entristecen. Bergson ha dicho que la historia es inmoral. Lo es porque enseña con demasiada frecuencia, casi en cada página, la injusticia del destino. Sabios y héroes desdichados, y mediocres y cobardes venturosos. Divina Comedia de la historia... La naturaleza no conoce la justicia, no hay misericordia, se repite desde Job hasta Anatole France.

Y sin embargo, apesar de tantos pesares, es fuerza que sigamos amando el ideal, en la ciencia, en el arte, en la religión, en la patria, que es religión también, y que pongamos un poco de sueño en nuestras empresas.

Amando las cosas aparentemente imposibles, se hacen cosas muy positivas y muy grandes. Jesús, soñando con el Reino de Dios, este *Potojchi* del corazón atormentado por el enigma de nuestro destino, fundó el Cristianismo. Los alquimistas, buscando la piedra filosofal, este *Potojchi* de la ciencia, echaron los cimientos de la química. Ponce de León, corriendo tras el *Potojchi* de la juventud eterna, descubrió la Florida, y ¿para qué ir tan lejos? Los conquistadores de estos países persiguiendo el verdadero *Potojchi* primero y *Eldorado* después, embellecidos, con el arco iris de la leyenda, fundaron esta ciudad de Buenos Aires que en las lejanías de la historia se nos aparece como el punto de partida de una nacionalidad llamada a un destino mil veces más prodigioso que todas las Sierras Mágicas y que todos los Imperios de Oro que encantaron la fantasía!

Y, en todo caso, entre morir con ideal o morir sin él, desesperado, es preferible lo primero. Es preferible morir soñando como aquellos enamorados leales de la princesa impalpable y fugitiva de «Paititi». Esta ilusión fué útil a la conquista. Mantuvo su energía y dió tiempo para que se afianzara la Colonia.

Y el soñar no excluye el heroísmo, continuaba en mi monografía. La prueba está en los soñadores que conquistaron estos países y eran los que vencían el planeta en la nave *Victoria* de Sebastián Elcano. Eran los varones más fuertes de su siglo! Es mi tema favorito y permitidme recitar lo que dije desde otra tribuna pensando en la naturaleza férrea de aquellos hombres. Usando una dicción de Castelar,

decía que en honor a la verdad no sabía ni de Argonautas mitológicos, ni de persas que pasaron como una manada de chacales, ni de griegos que pasaron como un coro de sirenas, ni de romanos que pasaron como una bandada de águilas, ni de cuerdos ni de locos, que hubiesen realidado los milagros de energía que realizaron los conquistadores formidables del Río de la Plata.

Y concluía que esos gigantes que traían en su frente escrita la palabra «audacia», como los titanes que en el *Prometeo* de Andrade escalaron el Olimpo, nos transfundieron su sangre—que no podemos arrancarnos de las venas—y con ella nos transmitieron el expansivo fuego de sus almas, y nos dejaron en herencia lo que debía de constituir el suelo de la patria y sus pasiones para amarla, y su brillante imaginación latina, y su religión idealista para elevarnos sobre la tierra, como en los versos de Ossian, y esta lengua lírica en que imprimieron sus periplos y pensaron sus místicos y cantaron sus poetas!

Nota.—Del folleto *Eldorado, enigma de la historia americana, era el Perú de los Incas*. Buenos Aires, 1925.—Al Dr. Domínguez, gracias muy sentidas por el envío del ejp. que hemos reproducido y por el homenaje de la honrosísima dedicatoria.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Una nueva obra de misericordia

EN realidad, el progreso y el perfeccionamiento de los organismos del Estado va arrebatando a la iniciativa particular la posibilidad de realizar las obras de misericordia, que con la admirable persistencia de la tradición, se siguen consignando en los catecismos. Unas, como la de redimir cautivos, son difícilmente practicables por falta de ocasiones; otras, como la de visitar enfermos, se han trocado en funciones de la beneficencia pública, y las más, como la de enseñar al que no sabe y dar de comer al hambriento, han sido declaradas misiones del Estado y deberes sociales. En cambio, he aquí una nueva obra de misericordia, aunque en los pueblos latinos se ha intentado también trocársela en cosa de oficina pública y servicio ministerial o municipal. Nos referimos al amparo que debe prestarse a los jóvenes en el momento decisivo de su vida en que eligen la profesión o el oficio a que han de dedicar sus energías.

La complejidad de la vida moderna, el progreso de las ciencias y de sus aplicaciones prácticas, la multiplicidad creciente de actividades en que se puede ganar dinero, hacen cada día más difícil el acierto en el descubrimiento que cada joven debe hacer de su propia vocación. Pero, además, aun suponiendo el acierto fácil, numerosas causas se suelen oponer a que cada niño emprenda la ruta para que se crea destinado por sus posibilidades intelectuales y sus condiciones físicas. Descubrir esta vocación, enveredarla, librarla de obstáculos, libertarla de los prejuicios familiares y de las dificultades materiales y económicas, es la nueva obra de misericordia a que pueden dedicarse los que quieren practicar el bien; al cabo, es una modalidad nueva del clásico «enseñar al que no sabe», que preceptuó el catolicismo.

Vale más que este amparo de la orientación profesional sea en España una obra de misericordia que un servicio del Estado. Comparemos la eficacia de las dos acciones. El Gobierno argentino, accediendo a la demanda de unos profesores, acaba de crear una Comisión y un laboratorio de psicotécnica y de orientación profesional, destinados a preparar una clase especial de profesores y técnicos, encargados, a su vez, de estudiar y dirigir las inclinaciones naturales de estudiantes y de obreros, al mismo tiempo que de orientar sus aptitudes y ayudarles a sacar de ellas todo el provecho posible.

Ciertamente que nadie como el maestro, suponiéndole a él mismo

lleno de vocación y de fe en su oficio, y considerándole técnicamente adiestrado, puede estudiar las inclinaciones y las condiciones físicas e intelectuales de sus alumnos y descubrir sus aptitudes, cosa no fácil porque el grave riesgo estriba en que las influencias familiares y sociales producen en los más niños una sugestión que les engaña y les arrastra a una inconsciente simulación de aptitudes, y porque, aun sin esto, en los niños no precoces, la vocación cierta se produce por accidentes inesperados. Para que bastara el maestro sería preciso, además, que este maestro tuviera a su cuidado un número reducido de alumnos, doce o quince a lo sumo, que pudiera examinar atentamente en todo momento; pero en las escuelas numerosas no hay posibilidad de que el maestro llegue a descubrir la vocación de sus alumnos.

En Burdeos, la Cámara de Industria de la Gironde y de Sudoeste ha creado un Gabinete de orientación profesional. Su director, M. Mauvezin, ha logrado determinar las aptitudes necesarias para los doscientos veinticinco oficios que se practican en la región bordelesa y ha formado con estas notables observaciones un cuadro sinóptico, titulado *La Rosa de los oficios*, por su semejanza gráfica con la Rosa de los vientos, que, según dicen, permite descubrir casi inmediatamente la profesión o el grupo de profesiones similares para las que cada niño parece predestinado.

En Estrasburgo, la Oficina Municipal de Colocaciones ha establecido un examen médico de cada niño, una ficha escolar y un cuestionario al

que los maestros van respondiendo en diversos plazos. Al salir el alumno de la escuela parece posible que este expediente revele su vocación. Se le somete, además, a un examen íntimo, de charla amena, de indagación y orientación, y se le proporciona luego una colocación en consonancia con el resultado de este examen. Realiza esta labor personalmente un apóstol: M. Fonteyne, que ha abandonado, por estériles y engañosos, los métodos y procedimientos psicotécnicos, prefiriendo, como se ve, los burocráticos y prácticos. Pero esto puede realizarlo un apóstol y, seguramente, en un radio de acción reducido. En Madrid, por ejemplo, harían falta cincuenta de estas oficinas y un centenar de apóstoles en nómina para realizar una obra semejante.

He aquí el procedimiento yanqui. Nada del Estado, ni la Provincia, ni el Municipio: reducir sus funciones es reducir su incapacidad y quitarles pretexto para gastar dinero. Todos los industriales, interesados en que sus obreros tengan la máxima aptitud, todos los maestros, celosos de su deber, todos los ciudadanos que apetecen hacer el bien se agrupan y crean en cada barrio, en cada calle, en cada escuela un *vocation bureau*. No sólo se estudia el caso de cada niño, en colaboración con los mismos parientes, sino que por medio de conferencias, de excursiones, de películas, de monografías escritas en claro y práctico lenguaje, se guía a los niños en el descubrimiento de su vocación, realizada por ellos mismos.

Y ésta es la nueva obra de misericordia que las personas deseosas de hacer el bien pueden practicar.

(De *El Sol*, Madrid).

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería TRAUBE se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLÓ.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

————— FABRICA —————

<p style="text-align: center;">CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p> <p style="text-align: center;">REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,</p>	<p>Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p> <p style="text-align: center;">SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
--	---

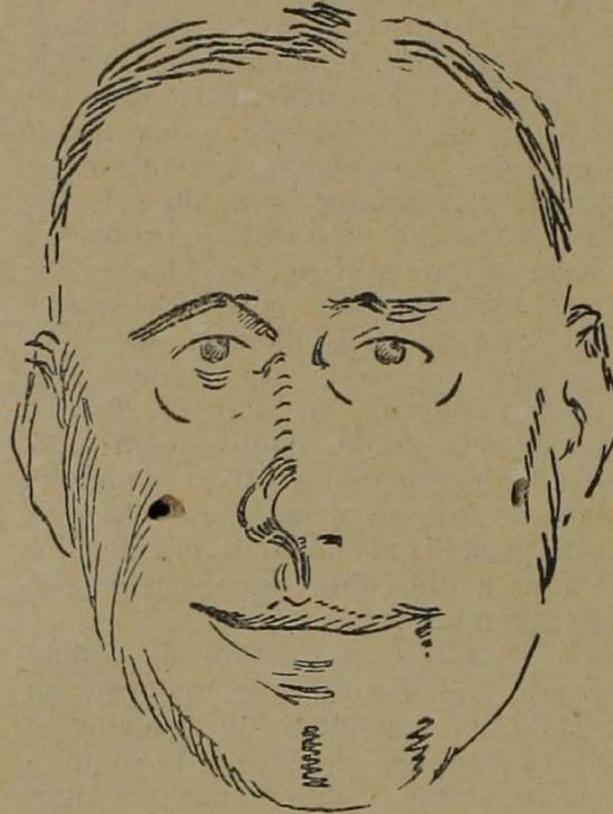
Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Enrique Díez-Canedo:

Algunos versos

(“Cuadernos literarios”)



Enrique Díez-Canedo

(Retrato por J. MORENO VILLA)

EN el fondo, la crítica... Se suele ser demasiado dogmático y cerrado con esto de la crítica. Se suelen establecer dos funciones incompatibles, entre «crear» y «juzgar», entre la función pura de originar y el ejercicio, aunque sea puro, de examinar. Parece que el crítico es sólo un aparato registrador que, mediante la introducción de una ficha de materia opinable, lanza el *ticket* de un comentario.

Y no es esto.

Como tampoco es real el tipo que se adjudica al «creador»—¡como si todo no fuese creación!—, tipo extraordinario, en cuyo antro genial—cabeza—surte la inspiración «con aquella inconsciencia maravillosa que es el distintivo de un celeste origen», como dijo Castelar. El crítico que previamente no sea artista, ni puede, ni debe, ni sabe discernir en cuestiones estéticas. Empieza por no ser consciente, y por lo mismo, tampoco es responsable. Será un charlatán. Cuando más, un tasador de valores de segundo orden. Pero ha de entenderse la condición de artista en un sentido amplio, interior, temperamental, no en el sentido estrecho, de profesión y cédula, que suelen darle los ejecutantes.

Recíprocamente, el artista, si lo es considerable, ha de ser algo crítico. Autocrítico. Poseer raíz suficiente de crítica previa. Y antes de hacer, considerar. O al mismo tiempo que hace, ir considerando, a sí mismo, lo que va a realizar, y sobre todo, lo que no debe realizar. Porque obra que en teoría no se ha sacado de puntos con la reflexión, no hay—prescindiendo de tópicos—emoción que la salve. Si autocrítica—es decir, conciencia—es la cualidad primordial del artista, autoridad, en su doble sentido, resulta ser la del crítico. Libros, revistas, lenguas vivas y muertas, cultura, vienen luego a informar, lo que en aguda sensibilización tomó forma. La sensibilidad es, en definitiva, el único instrumento de medida de la obra de estesia, de arte. He aquí por qué los poetas son magnífico fundamento de crítico... digan lo que quieran los pintores.

Enrique Díez-Canedo es, ante todo, poeta. Si ha cristalizado en crítico, es porque ello cae dentro del sistema. Del sistema sensible, racional por la dirección del impulso, no por la mayor potencia originaria. Y como crítico, goza en nuestro islote—cuasi peñón—literario, fama de rey. De rey de críticos. Un elogio de Canedo, supone una victoria. Algo importante. Una censura—aun templada con suave cortesía—representa un fracaso, o por lo menos una pifia. El silencio o la evasiva de Canedo arrastra consigo la inhibición de los intelectuales ante el libro recién parido. Tal crédito, tal merecido prestigio, lo ha logrado en una larga y constante y triple prueba: de sagacidad, cultura y vigilancia. A base de libros y de vida, pero no encaramado en aquéllos, con el alma muy abierta a lo extranjero y a lo español (sin estricto español), ha ido año tras año indicando figuras, discutiendo tendencias, descubriendo valores... En Canedo se ha transformado, además, el antiguo personaje del crítico, con su aire fiscal, en otro personaje, sin aire fiscal.

Canedo, poeta, muestra una cordialidad muy humana, exenta generalmente de la ironía que luce en sus artículos y en su conversación. Siente la *vida clara*—como subtitula una parte de su libro—el contorno limpio, lo que hay en las cosas y en los seres de desnudez y ternura. Vida clara, es lo que transparenta la lírica de Canedo; equilibrio de color, matices finos, húmedos, de tarde de otoño después de la tormenta. Esta sensación se advierte bien en los bocetos de *Madrid*—otro subtítulo—digno de uno de los Goya. Del Goya que pinta aquel estudio de la pradera de San Isidro el día del Santo, con sus azules y sus grises vaporosos, fijos para siempre, como la tónica más real—un claro—de la luz de Madrid.

Las calidades plásticas resaltan muy vivamente en los versos de Canedo. La mayor parte de los que se insertan en este libro pertenecen a obras anteriores: *La visita del Sol*, *Versos de las Horas* y *La Sombra del Ensueño*. Otros aparecen ahora por primera vez. En todos ellos se hace notar la actitud de neutralidad personal que el poeta ha guardado con relación a las tendencias líricas de los últimos años. Parece extraño que un hombre como Enrique Díez-Canedo, que vive en perpetuo contacto con la moderna literatura extranjera, no se haya dejado contagiar por ninguna influencia vistosa. Que, sin ser conservador, haya conservado forma y técnica correctas, tan alejadas de la vacua anarquía de los extravagantes como de los fecundos ensayos de los innovadores.

El secreto de tal ecuanimidad reside, indudablemente, en el don de equilibrio y armonía que rige el espíritu del escritor, propicio siempre a resolver en forma de arquitectura impecable todo el contenido de inquietud, complejidad y dolor del alma moderna.

Algunos versos pertenece a la colección «Cuadernos literarios» y lleva un retrato de Canedo, por Moreno Villa, de gran elocuencia psicológica.

ANTONIO ESPINA

(Revista de Occidente, Madrid).

Dos escritores de América

Don Francisco A. de Icaza ha muerto en Madrid a la edad de sesenta y dos años: de ellos, más de la mitad transcurrieron en Europa. Fué Icaza uno de los arquetipos perfectos del escritor mexicano: una de las cosas menos *tropicales* de este mundo. Para quienes, como yo, hayan nacido en la franca zona tórrida, donde son realidades los lugares comunes cuyo paternal Herodoto es Colón (el «sol de fuego» y todos los prodigios que hace brotar de la tierra), es siempre causa de sorprendido interés el descubrimiento de la altiplanicie mexicana, con su clima de otoño perpetuo, con sus tonalidades de azul gris y oro pálido bajo luz diáfana. Y—en otras ocasiones lo he dicho ya—la altiplanicie de México da espíritus como ella, desde Alarcón a Gutiérrez Nájera, y hasta somete a su influjo a hombres nacidos fuera de su círculo, como Nervo. La nota de color vivo, el énfasis, el ardor, son allí excepcionales en la literatura: la coincidencia—¿o la necesidad?—sonríe cuando se descubre que en México el poeta grandilocuente, o siquiera vivaz, raras veces ha nacido en la altiplanicie: en la tierra baja, en la costa cálida, hay que buscar a Díaz Mirón o a Altamirano.

Icaza fué francamente el hombre de la altiplanicie. Discreto, observador, agudo, con ideas claras y precisas, con palabras medidas y calculadas. Conocerlo en Madrid, durante los años últimos, conociendo a México, era descubrir con asombro cómo persistía el mexicano debajo de su espesa y vistosa capa de madrileño. Nadie conocía mejor que él la vida de Madrid, el tono de la ciudad, «los chismes de la corte»—literalmente y figuradamente—; y sin embargo, nadie conservaba mejor que él los rasgos fundamentales de su origen: los hábitos de su carrera hasta le habían aguzado la diplomática reserva y la exigencia puntillosa.

No fué feliz, y los que junto a él no lo fueron creen—injustamente—que no fué bueno: no tuvo la bondad fácil, y el censor en él fué a veces agresivo, porque le producía impaciencia la deshonestidad, ante la cual tantos otros fingen ceguera; pero otorgó siempre bondades cuando pudo vencer escrúpulos de desconfianza, y nunca se equivocó ni regateó sobre valores puros. Así, en las letras, le molestaba la plebeya costumbre de la Condesa de Pardo Bazán al pedir prestado y no reconocer sus deudas, disminuyendo la fama de su propia fortuna; le daban asco los enredos y



Icaza

(Como lo vió MASSAGUER).

confusiones, el descuido y la inexactitud de la más voluminosa historia de las letras castellanas. Pero siempre supó discernir cuáles eran las figuras de selección; aceptaba sin esfuerzo, pero sin deslumbramiento, todas las novedades. No existe homenaje más delicado que el suyo—en una conferencia del Ateneo de Madrid— a los poetas mejores de su país. Pero de su país ¡extraña Némesis! le vino la mayor amargura de su vida literaria, al final de ella, cuando absurdamente se le atribuyó el pecado que tanto fustigó él en los demás, acusándolo de *plagiar* documentos que cualquiera puede consultar en archivos públicos: los provincianos acusadores lo declaraban incompetente para leer los claros manuscritos del siglo xvi.

Su obra de crítico y erudito tiene méritos raros: a la aparición (1901) de su primer ensayo sobre *Las novelas ejemplares* (retocado y mejorado después), se dijo en Francia—¿fué Foulché-Delbosc?—que el trabajo no parecía obra de español: tanto lo distinguían la brevedad, la precisión, la falta de entonación oratoria. Recuérdese en qué estilo se escribían entonces en España los trabajos de erudición, buenos y malos: parecían «discursos de entrada en la Academia». Milá no había ejercido influjo sobre la forma. Menéndez Pidal había aparecido ya, pero todavía no formaba escuela. Icaza se adelantaba a su época; y después, nunca dejó de aprender: en vez de

sumarse a la rutina de la cultura oficial en España (aunque no tenía a mal su situación académica), entró en las corrientes nuevas, y fué uno de los pocos hombres de su edad que supieron adoptar, de los más jóvenes, métodos exactos de investigación e interpretación de los datos y de los textos. Icaza sabía lo que era la reproducción correcta de textos clásicos; sabía lo que era una edición crítica. Tenía, además, el sentido de la personalidad de los escritores del pasado: no fueron para él figuras borrosas en la distancia, sino hombres vivos, con caras familiares. Así vió a Cervantes y a Lope. Y, como siempre, su país estuvo presente en su espíritu cuando recorría los caminos de la historia literaria: sus éxitos como cervantista (las *Novelas ejemplares* y el problema de *La tía fingida* fueron coto suyo), como investigador y crítico de la novela y el teatro en los siglos de oro, no le hicieron olvidar las cosas de América; reunió y publicó multitud de datos sobre la primera época de la cultura colonial de México, y, de paso, descubrió el entremés del dominicano Cristóbal de Llerena, quizás el más antiguo autor dramático nacido en el Nuevo Mundo.

Su obra de poeta, menos voluminosa que sus trabajos de erudición y crítica, guardada en volúmenes breves, es en tono menor: en la poesía de su patria representará una nota delicada, gris y fina, dentro de la escala espiritual que va de Gutiérrez Nájera a Enrique González Martínez.

García Godoy

En la ciudad de La Vega, donde ejerció sus actividades durante largos años, se quiere perpetuar en escultura la imagen de D. Federico García Godoy. Bien lo merece el escritor; bien lo merece el patriota.

Su muerte, ocurrida no hace mucho, suscitó escasos comentarios fuera de Santo Domingo. ¿Nació de pereza la injusticia? García Godoy había colaborado en las principales revistas de nuestra América, desde *Cuba Contemporánea* hasta *Nosotros*; había dado juicios exactos sobre no pocos de nuestros mejores libros; raro era el escritor hispano-americano, desde Darío y Rodó hasta los principiantes innúmeros, que no le enviase sus obras... Pero su época de plenitud, como hombre de letras, había pasado: comentaba siempre los libros que recibía, pero en breves, volanderas notas de periódico, no en los sustantivos es-

tudios de *La hora que pasa* (1909) y de *Páginas efímeras* (1911). El literato, declinante en la proximidad de la vejez, había cedido su puesto al patriota activo y ejemplar.

Durante su juventud, García Godoy tuvo poco nombre. Cumplidos los cuarenta años, comenzó a dedicarse con ahínco a la crítica literaria y filosófica y a los estudios sociales e históricos. Claridad fué su virtud: en el estilo, en el criterio, en las fuentes de su saber. Como su cultura tenía tradiciones, raíces clásicas, no se desconcertaba ante ninguna audacia de ahora: veía con interés todo empeño juvenil, y fué el primero que proclamó, en serios trabajos críticos, la alta calidad de autores nuevos como Alfonso Reyes.

En la historia de nuestras orientaciones filosóficas, García Godoy merecerá siempre recuerdo agradecido: fué—desde 1907—uno de los que mejor ayudaron a cavar la fosa de nues-

tro reseco positivismo y comenzaron a difundir las ideas del siglo xx. Sus artículos sobre Comte (1908) son magistrales: tal vez sus mejores páginas de crítico.

Pero su mayor preocupación fué la patriótica: ella se sobrepuso a todas, y acabó por apoderarse de sus energías de escritor. Ella le inspiró su trilogía: *Rufinito*, *Guanuma*, *Alma dominicana*, narraciones históricas, con pasajes de invención novelesca, con extensos estudios de vida social. Con el tiempo, García Godoy llegó a ser uno de los directores morales del país, necesitado de fe en sus crisis tremendas; fué el centro que irradiaba fervor, confianza, ánimo de perseverar en una lucha donde las únicas armas de Santo Domingo, frente al invasor ganoso de absorberlo todo, son el espíritu y la palabra. No creyó que, si el pueblo se equivocaba, si acogía de buen grado la mengua de su libertad a cambio de ofertas en-

gañosas de riqueza, hubiera que someterse: creía que en tales casos hay que librarlo de su error. Y por fortuna el pueblo dominicano, a pesar de sus muchos yerros parciales, no ha caído en el error supremo: ha persistido en su voluntad de existir, en su espíritu hispánico, con la esperanza de que la luz le llegue al fin de las tierras hermanas. La última obra importante de García Godoy fué su libro sobre la situación de Santo Domingo ante la inexplicable, injustificable invasión norteamericana. Los jefes militares de los Estados Unidos, responsables de crímenes inhumanos en Santo Domingo, recogieron la edición y quemaron el libro. ¿Pudo salvarse algún ejemplar siquiera? ¿O se consagró el perseverante escritor a reconstruir su obra?

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La Plata, junio de 1925.

(Nosotros, Buenos Aires).

Sobre los estudios estéticos

=Extracto de la conferencia que dictó RAFAEL ESTRADA ante la Asociación de Estudiantes de Costa Rica, la noche del veintiseis de mayo último.=

I. Introducción

La Asociación de Estudiantes Universitarios me propone: «¿Tienen algún fundamento razonable las manifestaciones actuales de la poesía?» Al abordar la pregunta me ha parecido razonable evitar el lugar común que rodea esta clase de materias: argumentar el sí o el no a base de comentario. Del comentario que, si bien ilumina las cosas, no las presenta con sus defectos y cualidades; nos hace admirarlas o sustituirlas, no nos ofrece ningún principio fundamental.

La pregunta está comprendida dentro de un problema estético. ¿Nos limitaremos a agregar un comentario, en pro o en contra, a los muchos que ya existen sobre la poesía de nuestro tiempo? Buscaremos el ensayo de un mirador más amplio, la Estética, en donde, colocándonos en el nivel superior de los estudios sobre el Arte, encontraremos la norma, el secreto de las manifestaciones artísticas; podremos entonces concretarnos a la especialización de los principios estéticos en la poesía. Esta es, en síntesis, la finalidad que persigo con estas palabras: buscar, en la Estética, una razón de ser a las manifestaciones artísticas.

II. Comentario y Crítica

Las épocas en que se destruye o se construye tienen un efecto cultu-

ral inmediato: el comentario. A estas épocas sucede siempre una reacción cuyo primer aspecto es la crítica.

Los momentos actuales nos dicen que estamos en una época en que se ha destruido y se construye; obedezcamos entonces a la realidad del fenómeno histórico: intentemos la crítica sobre lo que se ha construido, y contentémonos con el comentario respecto a lo que se construye.

Los estudios estéticos, aún los más avanzados, desde el materialista Meumann hasta el ideólogo Croce, consideran lo destruido en arte como el resultado de una actividad artística incipiente apenas; Croce mismo, ideólogo, no contempla, en ninguna de las artes, el elemento ideológico que las moderniza. El grado que los estudios estéticos revelan con este hecho evidente, que luego acuerparemos con razonamientos precisos, permite atreverse a intentar la crítica a la Estética, desde luego que se nos ofrece como obra construida.

Ya busque al artista, ya el goce de lo artísticamente bello, la Estética sigue siendo un mero comentario sobre la actividad artística. Explicaremos por qué, a nuestra convencida manera de ver, la Estética no describe en la historia, como las ciencias objetivas al multiplicarse en organismos que la agrandan, como la filosofía, al ampliarse en distantes perspectivas, ningún derrotero inde-

pendiente que permita definirla y darle carácter propio.

III. Estética y Ciencia

Ocurre con la Estética lo diametralmente opuesto a lo que ocurre con la Filosofía, en sus relaciones con la Ciencia. El mayor orgullo y fortaleza de la Filosofía puede fijarse en que la Ciencia va tras ella confirmando sus afirmaciones; la Estética, filosofía de la Belleza en su más alto significado, encuentra, en cambio, las más justas negaciones en la Ciencia. Se nos ocurre, evocando la ilustración que nos pinta el camino del artista, que va tras la Belleza, paralelo al camino del filósofo, que busca la Verdad, colocar al estético en una senda intermedia, que transita temeroso, pendiente del filósofo y del artista, sin estar propiamente con ninguno pero saliéndoles al paso indistintamente, según se le presenten dificultades de uno u otro lado.

Puede concretarse: la Filosofía da un vigoroso impulso a la Ciencia; y la Estética, en vez de producir lo mismo, busca y encuentra un impulso vigoroso en la Ciencia. Y es natural que suceda lo dicho anteriormente: pues las ciencias en que el estético se apoya son ciencias culturales y convencionales, en constante evolución, no efectivas y perdurables, y sometidas a las orientaciones que fijan los artistas: cuando la Estética se da cuenta, sus afirmaciones están negadas por una nueva etapa de esas ciencias, que evolucionan a la retaguardia del Arte.

Dos ciencias culturales por exce-

lencia que auxilian al estético son la historia y la psicología; y son ciencias que actualmente no se atreven, ni ellas mismas, a lanzar conclusiones permanentes.

IV. Filosofía y Estética

Mejor dijéramos, Filósofo y Artista; ambos van a la vanguardia de la humanidad; ambos buscan y encuentran lo mismo: la Verdad. El uno por el razonamiento y la inteligencia, el otro por el sentimiento y la intuición. Ambos en la madurez de su desenvolvimiento, se confunden: es difícil distinguir al filósofo del artista. El artista es necesariamente filósofo; el

filósofo es necesariamente artista, en algún sentido.

Es la característica del verdadero filósofo y del verdadero artista; de quien no la tenga puede afirmarse: no es verdadero artista, no es verdadero filósofo. Cuando Platón quemó los poemas que llenaron el encanto de su adolescencia, no hizo renuncia a la poesía; todo lo contrario: se dedicó a una actividad en la cual encontraba la expresión más alta, la expresión fiel que necesitaba su naturaleza delicadamente artística: lo dicen muy claro los diálogos socráticos.

Pero debemos decir Filosofía y Estética, como hablando de cosas

distintas. Debemos observar entonces que la Filosofía la escriben los filósofos y la Estética no la escriben los artistas. Es natural comprender que encontraremos Filosofía en las obras de los filósofos, y que encontraremos Estética en las obras de los artistas, y no propiamente en los tratados de Estética. Comprendamos asimismo que los estudios estéticos, si de algo sirven, es para ayudarnos a la comprensión rudimentaria y material del Arte; y nunca podremos encontrar en ella normas que podamos oponer a los artistas.

RAFAEL ESTRADA

(Seguirá en el próximo número).

San Juan, Puerto Rico. Setbre. 14, 1925.

Sr. D. J. García Monge,
Director del REPERTORIO AMERICANO,

Apartado 533.

San José, Costa Rica.

Muy señor mío:

Cumpliendo un acuerdo de la Asamblea General del Partido Nacionalista de Puerto Rico, me es grato remitirle copia de la Resolución que la misma aprobara por unanimidad, para contribuir al monumento que, a iniciativas de la *Acción Latina*, se ha de levantar a Simón Bolívar en París.

Son nuestros deseos que esta Resolución circule por todos los pueblos de la raza y, al efecto, nos permitimos solicitar de usted se sirva reproducirla en el REPERTORIO AMERICANO, tan ventajosamente conocido en todas las Américas.

Si hemos de tener el honor de ser complacidos, le agradeceríamos nos remitiera un ejemplar de la revista en que se hiciera dicha reproducción para los Archivos de este Partido.

Con gracias anticipadas, soy, Atto. amigo y S. S.,

FED. ACOSTA VELARDE
Presidente.

Resolución del Partido Nacionalista de Puerto Rico adhiriéndose al Plan de la "Acción Latina" para erigir un monumento a Simón Bolívar en París.

POR CUANTO: La Asociación *Acción Latina*, de París, ha organizado un Comité que se ocupe de erigir en la capital francesa un monumento a Simón Bolívar, que represente el homenaje de todos los pueblos latinos a uno de sus hombres más grandes:

POR CUANTO: El pueblo de Puerto Rico ha sido invitado en la persona de don Sergio Romanacce, Director de *El Mundo*, a que contribuya como pueblo latino que es, a la erección de este monumento, según carta recibida del Secretario General del *Comité Bolívar* de la *Acción Lati-*

Partido Nacionalista de Puerto Rico

na, que copiada a la letra dice así:

«París, 20 de julio de 1925.—Señor y querido colega:—Como le habíamos anunciado en tiempos pasados, nuestra Asociación ha iniciado la creación de un Comité que se encargue de erigir, sobre una de las plazas de París, un monumento a Simón Bolívar. Este Comité, cuya presidencia está confiada al señor Senador, Georges Reynald y de la cual forman parte en calidad de miembros de honor los Ministros Plenipotenciarios de las cinco Repúblicas que deben al Libertador su independencia, y que también cuenta con cientos de Senadores y Diputados franceses, entre los cuales se encuentran los señores Raymond Poincaré, Raphael-Georges Levy, Alfred Mascuraud, Léo Bouys-sou, Vice-Presidente de la Cámara de Diputados, etc..., ha decidido que el monumento sea erigido por medio de suscripciones recogidas en todos los países latinos. Yo me permito, en consecuencia, apelar a su devoción a nuestra causa, para que usted se encargue de la suscripción en su país. A nosotros nos place esperar que usted aceptará esta misión y que usted nos ayudará a que esta manifestación para fines latinos que preparamos obtenga el mejor éxito. Nosotros queremos firmemente que el monumento que se eleve a uno de los hombres que más honran a nuestra raza y a la humanidad sea uno de los más bellos de París. Sírvase aceptar, señor y querido colega, la expresión de nuestros sentimientos más distinguidos y devotos.—El Secretario General, (fdo.) LOUIS CASABONA.—Señor Sergio Romanacce, Director de *El Mundo*. San Juan, Puerto Rico».

POR CUANTO: Simón Bolívar, no tan sólo constituye una gloria legítima de nuestra raza en América, sino que, en un arranque de verdadera solidaridad altruista y dando pruebas de una intensa devoción a la causa de la libertad, se dispuso a ser por su propia voluntad el Libertador de Puerto Rico, para lo cual formuló sus planes que se discutirían en el Congreso del Istmo de Panamá, convocado por él mismo en el año de 1825;

POR CUANTO: De no haberlo impedido los «intereses creados» de entonces, especialmente los de Estados Unidos, Simón Bolívar con todas probabilidades hubiese llevado a cabo su plan de invasión y liberación de Puerto Rico, emancipándonos de España y salvando nuestra nacionalidad para el futuro;

POR TANTO: EL PARTIDO NACIONALISTA DE PUERTO RICO, reunido en Asamblea, resuelve declarar, como por la presente declara, que, en reconocimiento de los planes patrióticos de Simón Bolívar para libertar a Puerto Rico y en solidaridad con los demás pueblos de la raza, se une y se adhiere con fervor al homenaje que, a iniciativas del *Comité de Acción Latina*, han de tributar los pueblos latinos a Simón Bolívar, erigiéndole un monumento sobre una de las plazas de París; y a este efecto, EL PARTIDO NACIONALISTA DE PUERTO RICO, ofrece y promete el concurso generoso y decidido de todos sus afiliados, en la contribución asignada a nuestra Isla, para llevar a feliz éxito tan magno proyecto en glorificación de nuestra raza.

Dada en el salón de la Asamblea del Partido Nacionalista de Puerto Rico, en la Ciudad de Ponce, Puerto Rico, a los 6 días del mes de Septiembre de 1925.

(fdo.) FED. ACOSTA VELARDE
Presidente

Página lírica de Enrique Díez-Canedo

=Del tomito *Algunos versos*, por Enrique Díez-Canedo. «Cuadernos literarios». Madrid 1924. Al excelente amigo Díez-Canedo, mucho le agradecemos el envío del tomito que extractamos.=

ASPIRACION AL POEMA

¡Eternidad del poema,
entrevisto de repente,
laborado lentamente
con aspiración suprema

de domeñar un problema
díscolo, de luces fuente
fecunda, para una frente
deslumbradora diadema!

¡Verbal medalla en que acuña
con su divisa su altivo
perfil el artista puro!

¡Templado acero que empuña
mano firme, y llega al vivo
corazón de lo futuro!

CON EL HIJO EN LOS BRAZOS

Me has atado a la vida,
Señor, por este niño.
En sus ojos el mundo
tiene aquella pristina
luz de tu creación,
aquella matutina
prenda de anunciación
que ya no ven los hombres
en su senil ceguera.
Todo es bueno: la calma,
la inquietud, la zozobra,
la angustia, el sufrimiento,
porque todo es tu obra,
porque no hay desaliento
ni desesperación.

Me has atado a la vida.
Todo es noble y hermoso.
¡Vivir eternamente
no en mí, sino dejando
mi vida a un ser igual!
Recibir de la fuente
las aguas, conducir las
en plácida corriente
al cauce del torrente
que al río ha de llevarlas,
y allá, juntas con otras,
que a la mar se encaminen,
su lecho natural...

Tengo al niño en los brazos.
¡Oh amor, de amor nacido!
¡Comunión inefable
de mi ser con su ser,
como un desdoblamiento
de mí mismo, que él mismo
no puede comprender!
¡Oh inefable dulzura!
¡Que lo comprenda un día
cuando tenga en los brazos
al hijo de su sangre,
cuando se sienta lleno
de este infinito amor,
con el gozo sereno
de ver no interrumpida
la sagrada cadena
de nuestra humana vida,

que formada en el seno
de aquella Voluntad
creadora del mundo,
sale de tu palabra,
Señor, y va creciendo,
y sin partirse, llega
hasta tu Eternidad!

CANCION PERDIDA

I

¡Oh lejanías azules de pinos!
¡Oh vespertino dorado vapor
sobre las blandas honduras del valle
que solemniza la muerte del sol!

Una plegaria de asombro en el alma
para el glorioso paisaje irreal...
Y en el silencio, temblantes, las notas
de una lejana canción popular...

II

Una canción que no sé dónde nace,
por dónde viene, ni adónde se va...
La coge el viento, la rasga en girones,
me deja algunas palabras no más.

Todo mi ser a escucharla se tiende,
sin comprenderla... ¿Qué magia tendrá?
Y prolongarla quisiera en el aire,
porque, si acaba, se lleva mi paz.

¿Qué misterioso rincón de mi alma
contigo vibra y asilo te da,
canción lejana, canción sin sentido,
canción perdida que me haces llorar?

BALADA DEL HAMBRE

Por la extensión de la parda llanura,
tras el arado que el suelo rotura,
un sembrador de espectral catadura
mala semilla va echando en tu entraña.
¡Vanos esfuerzos, inútil fatiga!
Miseria tierra, postrada mendiga,
no has de alcanzar por limosna una espiga;
sobre la mies crecerá la cizaña.

¡Mira, labriego, qué triste cosecha!
Cuelga la criba que hogaño no aecha;
tú serás hoy como espiga que acecha
para su troje una mano tacaña.
¡Guárdate ahora, si encuentras asilo!
Pende tu amarga existencia de un hilo.
¿Ves avanzar a lo lejos el filo
de una inflexible, gigante guadaña?

¡Mozos robustos, hoy flacos, enfermos!
¡Reses comidas por lacras y muermos!
¡Campos feraces trocados en yermos!
¿De qué deidad concitasteis la saña?
Mas ¿no cedéis? Por encima del coro
que se deshace en quejumbre y en lloro,
¿quién alza un puño y un reto sonoro
por costa y llano, por valle y montaña?

ENVÍO

Príncipe: mira los campos de España.
Plaga y rapiña se llevan el trigo;

y, amenazándolo todo, el Castigo
blande a lo lejos su torva guadaña,

CAMINOS DE MI TIERRA

Caminos, los de mi tierra
que os perdéis entre lozanas
mieses, o por las llanuras
muertas de sed, hoscas, pardas,
fingís viejas cicatrices
de gigantes cuchilladas;
o trepáis por las vertientes
de la sierra y en las jaras
abandonáis a jirones
vuestras vestiduras blancas;
y, a lo largo de los ríos,
oh susurrantes, oh plácidas
alamedas; oh carriles
que hacéis deslizarse, rápida
la tempestad de los trenes;
y argentinas, entre cañas
musicales, por saucedas
llorosas y despeinadas,
junto a seculares rocas,
lamiendo viejas murallas,
bajo puentes que se hunden,
o por humeantes fábricas
que alimentáis y ennegrecen
vuestro corazón ¡oh aguas,
aguas que vais a tres mares!...
¡Oh caminos de mi patria!
¡Pobres caminos, que hollaron
huestes guerreras, mesnadas
de aventureros, mendigos
trágicos y astrosos, largas
hileras de peregrinos,
cascos de legiones bárbaras,
indignados patriotas
y gentes aletargadas
en sueño que dura siglos!
¡Caminos los de mi patria!
¿Cuándo vendrá por vosotros
la buena nueva que tarda?...
¡la nueva que acogeréis
jubilosos, en la gracia
de un mar de sol, extasiados
en un florecer de ramas!

ORACION DEL CARTUJO

Cuando la cera de mi carne flaca,
blandón de tus altares, se consume,
quiero dormir entre los altos muros
del claustro silencioso en que te ofrezco
mi diaria labor, mi amor perenne.
Año tras año fuí labrando el vivo
panal de mi existencia solitaria:
mis días, como prietas celulillas,
colmáronse de mieles que en el gozo
de tu contemplación libó extasiada
la oración sin palabras de mi pecho.
Viejo soy; este cuerpo de la tierra
por la tierra suspira. En ella pose.
Ya sus brazos me tienden las desnudas
cruces de tosco leño a cuyo amparo
duermen los padres, los hermanos míos.

Mi cuerpo, al deshacerse, hará jugosa
la tierra humilde en que el cantueso luce
su flor morada, rústico incensario.
Brotarán de mi pecho algunas flores
y las abejas que zumbando fingen
un rumor indistinto de plegarias,
única voz hermana del silencio,
libarán sus corolas bienolientes.
Así otra vez mi cuerpo a tus altares
trocado en cera ha de volver un día
para morir de nuevo consumido
por amorosa llama en tu presencia.

PRIMAVERA

Tienes razón: es lo que pasa.
¡Pero si tú le quieres
más de lo que creías!
Son cosas de hombres y mujeres...
cosas de todos los días...
Luego, en su casa,
lo pensaría bien, tranquilo.
Tú ya se lo dijiste.
Dijiste... la verdad: no es para tanto.
Y temblaba en el hilo
de tu voz todo el llanto
que a solas más tarde vertiste.
¡Fué tu noche tan triste!
Contaste hora tras hora,
pálida en tu desvelo,
y cuando, al fin, rendida,
te quedaste dormida,
ya pintaba la aurora
con su tenue color tierra y cielo...
Ya es tarde. Muy alto el sol brilla.
La mañana es de gloria.
¡Todo fué una pesadilla,
pero ya se acabó la historia!
Levántate. Que el agua fría
deje más tersa tu piel suave.
Te estará esperando:
¡si ya es mediodía!
¿Y... aquello? ¡Bah! no es nada grave.
Sí, te espera, de fijo, devorando
la impaciencia que le consume...
Retuércete con gracia el pelo.
Vístete como más le gusta:
cuerpo blanco, falda justa;
y el mantón de espuma, el pañuelo,
el bolso de plata, el perfume...
¡A la calle! La primavera
te envuelve toda.
Cuando bajas por la escalera,
ya tarareas la canción de moda...
¡Mírale, al borde de la acera!
Ya le iluminó tu sonrisa...
¡Qué pálido está! Ve de prisa...
¡Pero no, ten cuidado, espera!
Viene hacia ti derecho.
Te mira como nunca te miraba.
¡Vuélvete atrás!... ¿Qué has hecho?
¿No te mueves? ¿no ves el brillo
de su mirar? ¡Son dos infiernos rojos!
¡Ay, socorro!... te clava
dos rayos en los ojos
y en el pecho un cuchillo...

FRA ANGELICO

Vuelve, al mirarte, la niñez lejana,
la quietud inocente y aldeana

que bendecía con unción cristiana
desde la blanca torre la campana.

Fulgía religiosa la mañana.
Cielo azul, sol de oro, franciscana
beatitud. Muy cerca, la fontana
decía humilde su oración arcana.

Vuelve, al mirarte, la niñez lejana.
Y el mundo ¿es malo? Y esta vida ¿es vana?

LA MOZA DEL CANTARO

«Beba, señor: es hielo».—Cantarina
la voz, cual manantial refrigerante,
fué remedio a mi sed de caminante
más que la propia vena cristalina.

«Gracias».—Y la piadosa campesina
sigue, llevando el cántaro, adelante;
lo apoya en la cadera; su arrogante
cuerpo a un lado graciosamente inclina.

Yo pensaba: ¡Rebeca!... La voz mansa
que en la Biblia sonó... «Bebe y descansa.
Trae hacia la cisterna tus camellos».

Sonreía Eliezer. Los animales
tendían a los líquidos cristales
con golosa avidez los largos cuellos...

DE VUELTA DEL PINAR

De vuelta del pinar, en la infinita
languidez de un crepúsculo serrano,
sentíamos el júbilo cercano
de las claras campanas de la ermita.

Un aroma de incienso y un gemido
vacilante de armonium, al encuentro
nos venían, moribundos. Dentro
ya los rezos habíanse extinguido.

¡Qué calma en todo el monte! Refulgía
la estrella del pastor; el fin del día
se alargaba, en el silencio solitario...

¡Y aquellas viejecillas que tornaban,
una tras otra, al pueblo, que pasaban,
negras, como las cuentas de un rosario!...

POR LA CALLE VIEJA

Sol de invierno en dorado resplandor
baña y envuelve la ciudad severa.
Dos niñas, primavera y primavera,
vienen del campo mudo y sin verdor.

Cantan, y al aire dejan el temblor
de un cantar que del alma se apodera
y entre las manos tienen—¡oh primera
visión de abril!—ramas de almendro en flor.

Al breve paso del grupo gentil
el corazón de la calle senil
tiene otra vez, como antaño, un latido.

Es un benéfico soplo vital.
Abierto al sol, un alto ventanal
con sonrisa de luz ha sonreído.

CANTARES RIMADOS A LA MANERA
TOSCANA

Flor de azahar:
un príncipe tu rostro quiere ver
y sus galeras vienen por el mar.

Flor de azucena:
bañada está la huerta por la luna
y el alma está de tu hermosura llena.

Flor de jazmín:
tu sueño arrullan con su blando son
los árboles floridos del jardín.

Flor de retama:
quiero dejar en tu balcón un ramo;
despierta, lo verás desde la cama.

Flor de amapola:
la estrellita del alba está en el cielo
y tú descansas en tu lecho, sola.

Botón de oro:
vas a la fuente, y ríe el agua clara;
vuelves a casa, y se deshace en lloro.

Flor de romero:
todo el campo es olor, cuando te miro,
mañanita, venir por el sendero.

Flor de clavel:
cuando te ríes, parece que el sol
te hace más tersa y dorada la piel.

Flor de dondiego:
no sé por dónde voy ni lo que hago
cada vez que te ríes cuando llego.

Flor de reseda:
con tu hermosura estás envanecida
como el pavo real que hace la rueda.

Ramo de flores:
para ti son amores los cantares:
para ti son cantares los amores.

ORACION EN EL JARDIN

Yo me quiero morir como se muere
todos los años el jardín, y luego
renacer de igual modo que renace
todo los años el jardín. Se han ido
los pájaros; volaron en pos de ellos
las hojas, pero no tenían alas.
No me quiero morir como las hojas,
ni quiero ser el árbol de perenne
verdor adusto, ni el arbusto dócil
cortado en seto, sino el árbol libre,
desnudo atleta que en el suelo ahinca
las fuertes plantas y en el aire tuerce
los recios brazos; no el verdor eterno,
sino la fronda renovada, el fruto
cuando el año lo envíe. Aquí me tienes,
Señor, desnudo como el árbol. Dame
tu bautismo de lluvias y tu crisma
de sol, y dame vestiduras nuevas,
inmaculadas. El jardín de invierno
callado está: mi corazón callado.
Habla tú; luego, vísteme de hojas.
Algo de tus palabras, al moverse,
repetirán, como inspiradas lenguas.

ESTABA Jesús en la Perea, del otro lado del Jordán, cuando llegó un emisario de casa de Simón el Leproso a decirle que Lázaro, su amigo muy amado, estaba gravemente enfermo. A sus discípulos les extrañó que no se pusiera al punto en camino para Betania, y no comprendían por qué a los comentarios que hicieran, replicara que todo aquello redundaría en gloria para el Hijo de Dios.

Por fin abandonó Jericó, el lugar de las fuentes y de los vergeles, en donde tanto se conmoviera su corazón con Zaqueo el Rico, aquel que siendo de baja estatura, había subido a un sicomoro para poder verlo pasar.

Al salir con rumbo a la Judea les declaró: «Lázaro es muerto y huélgame por vosotros que yo no haya estado allí, para que creáis».

Tomás, llamado el Dídimo, iba de uno a otro de sus compañeros para que le desentrañaran el sentido de aquellas palabras, y murmuraba porque el Rabí no hablaba siempre con claridad...

Cuando se acercaron a Betania supieron que hacía cuatro días que Lázaro era muerto.

Las hermanas de Lázaro, Marta y María, seguidas de algunos amigos, vinieron a su encuentro, y María se derribó a los pies de Jesús y lloró y al verla afligida, Jesús lloró también.

Jesús preguntó en dónde lo habían puesto y lo condujeron ante el sepulcro cavado en una roca.

Era medio día y el sol brillaba sobre los campos todavía adormecidos bajo el frío del invierno.

Llegaron frente a la tumba. Nadie pronunció una palabra.

Jesús dijo: «Quitad la piedra».

Hubo que ir corriendo a buscar una barra. La trajeron y la losa que cubría la entrada de la gruta fué removida. Jesús dió un paso hacia adelante.

El silencio del campo se hizo más intenso y los presentes se quedaron inmóviles.

De pronto vieron como si la roca se estremeciera y un calofrío corrió a lo largo de cada espalda: pero era una lagartija que huía entre las grietas.

En una hendedura un enjambre de abejas había hecho su panal. Una abeja negra salió y rayó con su zumbido el silencio duro como de cristal que envolvía la escena.

Marta se acercó a la boca del sepulcro y volvió el rostro con disgusto.

«Señor, hiede ya, que es de cuatro días», murmuró.

La curiosidad quiso precipitar los circunstantes hacia la abierta sepultura, pero el movimiento se paralizó ante Jesús, que levantando los ojos exclamaba:

Lázaro

Al margen del Evangelio de San Juan

=(De las Fantasías de Juan Silvestre).=

«Padre, gracias te doy que me has oído, que yo sabía que siempre me oyes; más por causa de la compañía que está alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado».

Luego llamó y su voz fué casi un grito que desgarró aquel instante:

«Lázaro, ven fuera».

Cada uno oía la sangre retumbar en sus sienes.

En la boca del sepulcro apareció una figura blanca y un olor a pudrición mezclado de aroma de áloes y mirra se esparció por el ambiente. Un niño comenzó a gritar agarrado a las faldas maternas. A alguien le castañetearon los dientes.

Lázaro salió, los miembros presos entre las vendas, y la cabeza envuelta en el sudario.

María cayó de hinojos y las otras mujeres la imitaron. Las rodillas producían un golpe seco al caer sobre los guijarros.

Lázaro seguía de pie en el umbral. Marta, que se había asido a la piedra, dominó su terror y tuvo piedad de su hermano, quien no podía casi moverse, y cuyos miembros se sentían flaquear bajo las ligaduras. Se acercó y con voz temblorosa por el temor y la ternura, dijo:—Lázaro, hermano mío...— y se echó a llorar, mientras le prestaba el apoyo de su cuerpo joven.

Transcurrieron unos minutos que dieron la sensación de lo que es la eternidad.

Pedro insinuó:—¿Por qué no le quitáis el sudario de la cabeza?

Marta procedió a hacerlo, pero sus manos, entorpecidas por la emoción, desgarraron la tela. Y la cabeza emergió de la envoltura: un rostro pálido, verdoso, enmarcado en espesa barba oscura. Los párpados se agitaron, los ojos se entreabrieron y la mirada huyó al contacto de la luz. Se abrieron otra vez pesarosos y se quedaron asombrados y fijos en el paisaje.

Judas propuso:—¿Por qué no se le quitan las vendas? Así no puede moverse.

Marta se volvió a María como para pedirle ayuda, pero ésta contemplaba arrebatada al Maestro, quien con los brazos sobre el pecho y la cabeza caída, parecía orar.

Tomás fué quien se acercó y comenzó a desarrollar las vendas de las piernas, y a palpar con sus dedos desconfiados los pobres miembros ateridos.

El enjambre que hacía su miel en las hendeduras de la roca se puso a

zumar agresivo en torno de los que vinieran a interrumpir su trabajo.

Andrés dijo:—No es posible seguir aquí con estas abejas...

Entonces se inició la desbandada—que era casi una huida—a la cabeza de la cual iban las mujeres vecinas y amigas de Marta y María.

Tomás y Marta llevaban a Lázaro y tras ellos seguían los demás.

¿Por qué Jesús no se acercó a Lázaro ni trató de hablarle?

Ninguno daba un paso sin mirar a hurtadillas al taumaturgo y al resucitado.

A las puertas de las casas asomaban rostros llenos de miedo y curiosidad, y unos perrillos flacos y sarnosos seguían la comitiva ladrando con tenacidad, y sus ladridos desentonaban en aquel ambiente de milagro.

Simón el Leproso que se adelantara desconcertado, esperaba a la puerta. Se veía enseguida que no hallaba qué hacer. Por fin se adelantó a dar el *selám* a los que se acercaban. Trató de detenerse ante Lázaro, pero éste pasó sobre él, sin fijarla, su mirada distraída, y las palabras de bienvenida a Jesús y a sus discípulos, parecieron inoportunas. Entraron, y María dudó si debía ofrecer el asiento de honor a Jesús o a su hermano, pero aquel la sacó de su embarazo, pues declaró que deseaba descansar bajo la parra de la entrada.

* *

La nueva del milagro se había extendido por el pueblo de Betania y la casa de Simón el Leproso fué invadida por gentes que acudían a cerciorarse.

El pobre Lázaro estaba sentado en el sitio de honor, todavía envuelto en el sudario y con las vendas colgando sucias de su cuerpo. En torno suyo había un círculo de curiosos que lo miraban y lo miraban, y que al menor movimiento que hacía, emprendían la huida dándose codazos y empujones; los niños y las mujeres gritaban aterrorizados. Un olor a carne putrefacta mezclado con el de los ungüentos con que se ungían los cadáveres y con el del sudor, flotaba en la sala y hacía el aire odioso al olfato. Cuando ya no podían estar más en la sala, se iban a contemplar a Jesús, que miraba en silencio el Monte Moría cubierto de nieve.

Marta vino a traer alimento a su hermano; hubo que quitarle para que comiera, las vendas que le ceñían los brazos al tronco. No pudo masticar, tan débil estaba, y cuando bebió, los tragos bajaban haciendo ruidos ridículos por sus entrañas. Alguien se rió y Marta dirigió una mirada de reproche a los circunstantes.

Tomás el Dídimo, deseaba quedarse solo con Lázaro. Dijo a Marta que había que echar a toda esa gente. Lo condujeron a su aposento y al verlo con aquellas bandas sucias colgantes y arrastrando el sudario oloroso a humedad, mirra y áloes, las gentes no sabían si huir, llorar o reír.

Tan pronto como se supo que Lázaro descansaba en su lecho, y que se vieron libres de su presencia, todos se movieron y respiraron con más facilidad. Luego fueron a purificarse del contacto con un sepulcro.

* *

Todavía permanecieron Jesús y sus doce amigos unos cuantos días en Betania.

Ocurrió que al día siguiente de la resurrección de Lázaro, Tomás se manejó de modo que quedó solo con éste. Quería meterse y escudriñar dentro de su pensamiento que conocía la muerte, y así le dijo:

—¿Sabes, Lázaro, lo ocurrido en torno de tu resurrección? Y le contó detalladamente, de cómo habían sabido de su enfermedad estando del otro lado del Jordán; de cómo el Maestro no había querido apresurarse y de sus palabras: «Y huélgome por vosotros, que yo no haya estado allí, para que creáis».

Tomás relató hasta el momento en que Lázaro salió de la tumba, y añadió a modo de comentario:—Se ve que el maestro quería que su milagro fuese muy sonado.

Lázaro escuchaba con los ojos muy abiertos y los músculos del rostro en tensión. Al oír repetir las palabras que Jesús pronunciara ante su tumba, tendió las manos como si tratara de defenderse, las piernas se le doblaron y cayó en tierra sollozando lo mismo que un niño.

Tomás no comprendía el motivo de semejante desesperación y en vano interrogó al hombre abatido que yacía a sus pies. Tampoco pudo saber nada de lo que hay al otro lado de la vida.

Desde ese día Lázaro evitó encontrarse con Jesús. No volvió a trabajar y muy de mañana se iba a vagar por los campos y no regresaba sino hasta muy entrada la noche.

* *

Jesús partió con sus discípulos a Ephraim. Al frente del humilde grupo de galileos recorrió los caminos pedregosos y los campos estériles que rodean a Jerusalem, anatematizando a los fariseos y llenando de esperanzas a los pobres de espíritu y a los mansos de corazón.

En las tardes subía Lázaro a la cima del Monte de los Olivos y descansaba al pie de los cedros en donde

millares de palomas se arrullaban. Sus ojos escudriñaban el paisaje. ¿Por dónde peregrinaría el pobre grupo de sencillos idealistas, guiado por aquel a quien él tanto había amado?

Anochecía. En el poblado los niños jugaban en la calle y las madres los llamaban desde el umbral de sus viviendas. Cuando no obedecían les señalaban la abatida figura que oteaba el horizonte desde lo alto de la colina, y los niños corrían fustigados por el miedo a buscar la protección maternal.

La nueva del milagro había ido muy lejos y de todas partes acudían gentes ansiosas de ver al hombre resucitado por el profeta galileo. Los escribas y los fariseos, alarmados de la fama que aquel iba adquiriendo, tramaron un plan para matar a Lázaro y acabar con el fermento de rebeldía que se notaba entre las clases bajas, y que amenazaba su tranquilidad y sus creencias seculares.

Fué un amigo de Jesús, Nicodemo el rico fariseo, miembro del sanedrín, quien secretamente avisara a la familia de Simón el Leproso de lo que se fraguaba contra ellos. Marta entonces se convirtió en la sombra de su hermano. Conmovido Lázaro ante la devoción de aquella criatura abnegada, se quedó en la casa, acogiéndose a los rincones más oscuros. Algunos criados abandonaron entonces la familia. Tenían miedo del resucitado que siempre buscaba la sombra, que estaba tan pálido y que miraba en torno suyo con aire de misterio y de asombro.

* *

Unos días antes de la Pascua, volvieron Jesús y sus discípulos a Betania. Cuando Lázaro los vio venir por el camino huyó hacia los campos.

En casa de Simón el Leproso se había preparado un banquete en honor del Maestro. A la hora de la comida, Marta, que por servir a los demás no tenía tiempo de andar en éxtasis y contemplaciones como María, notó la ausencia de su hermano, se fué a buscarlo por los prados y lo encontró en un olivar tumbado entre la hierba.

—Ven, hermano mío; si no vas, aquí me quedaré contigo—le suplicó.

Al ver el suave rostro que expresaba fatiga, inclinado sobre él, los ojos llenos de ternura, se levantó y la siguió.

Entró en la sala del festín, silencioso cual una sombra, distraída la mirada. Sentóse alejado de Jesús. Había muchos convidados y además una multitud de curiosos venidos con el fin de mirar al Profeta Galileo y al hombre resucitado por él. Lázaro

sentía que todos los ojos le contemplaban y trataban de sondear su pensamiento. Un inmenso desaliento se desprendía de toda su persona.

María entró con el frasco de unguento de nardo líquido, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos. Luego, según la antigua costumbre de romper la vasija de que se sirviera un huésped distinguido, María quebró el vaso y el fino cristal estalló en un melodioso quejido. Aprovechando la confusión que produjo esta escena, Lázaro se deslizó de la sala del banquete y se fué al camino a buscar la quietud junto al sepulcro de sus mayores.

Caía la tarde. Sobre el cielo las cigüeñas pasaban el encanto de su vuelo y sobre el silencio de las praderas temblaba el balido de los corderillos.

* *

Jesús salió muy temprano hacia Jerusalem seguido de sus discípulos.

Era un domingo del mes de Nisan y la primavera se regocijaba en los campos risueños de Betfagué, Gethsemani y Betania. Las vides danzaban entre la suave tristeza de los olivos plateados y los lirios silvestres se balanceaban sobre la hierba. El polen de las palmeras se agitaba en el aire puro de la mañana y la embriaguez del amor palpitaba en todas las criaturas.

Lázaro siguió de lejos a la pequeña comitiva, y de lejos asistió al triunfo de Jesús a la entrada de Jerusalem. Lo vio subir en la blanca pollina y ser aclamado por una multitud que agitaba palmas y tendía sus mantos en el polvo para que él pasara. Volvióse hacia Betania y los gritos de «¡Hosanna al Hijo de David!» llegaban hasta él mientras subía la pendiente.

¿Habría ayudado el milagro de su resurrección a ese triunfo?

Y una honda resignación se tendió sobre la rebeldía dolorosa que fermentaba en su espíritu y la calmó.

* *

Trascurría la semana. La familia, que parecía no temer ya ninguna asechancia, había descuidado a Lázaro; la misma Marta lo tenía olvidado. Entonces volvió a su costumbre de vagar por los campos de la mañana a la noche.

Desde otro día de partido Jesús, buscó refugio en la choza de un pastor de la casa, y mandó a avisar a Marta que allí se quedaría por unos días.

Una tarde, ya casi anohecido, vio subir de Jerusalem hacia Betania a sus hermanas, a Simón y a algunos discípulos de Jesús. Caminaban con

lentitud, con agobiado ademán. Andrés y Santiago traían a María como si viniese desmayada. Se acercó a ellos y al verlo, Simón se desgarró las vestiduras y Marta sollozó:—¡Hermano, el Rabi ha muerto!...

—¿El Rabi?—gritó Lázaro.

—Sí, el Rabi, aquel que te resucitó—exclamó Simón, mesándose los cabellos.

—Murió en una cruz, escarnecido de todos—murmuró Andrés.

¿Y el triunfo del domingo que acababa de pasar? Le pareció ver al maestro cabalgando en la pollina, la brisa primaveral agitándole los cabellos y ondulándole el manto. ¿Y entonces? habían podido más los fariseos, aquella «raza de víboras» y los epicúreos saduceos? ¿Acaso eran más fuertes que el profeta? ¡Muerto! ¡Muerto! Y él, Lázaro, estaba allí vivo, sintiendo la angustia de su carne.

¿Qué era esta confusión terrible que bullía dentro de su cabeza?

Abandonó el grupo y subió corriendo el Monte de los Olivos.

A lo lejos se veía Jerusalem hundiéndose en la sombra, Jerusalem cuyo corazón parecía ser el inmenso templo del que apenas se veían brillar las terrazas. Lázaro miró con odio aquella morada en donde se daban cita la soberbia, la hipocresía y el mercantilismo judíos.

¿Para seguir contemplando eso, era que su amigo tan amado lo había sacado de la muerte? ¿Para seguir viendo a esos insensatos pasearse triunfantes con sus mantos de franjas rojas, con lo que creían distinguirse de los paganos, y ostentando, con odiosa piedad, pasajes de las Escrituras en las filacterias que llevaban sobre la frente o atadas al brazo? ¿Para seguir viviendo entre esas existencias que el maestro comparaba con sepulcros blanqueados?

Volvió la mirada y se encontró con la desolada depresión del Mar Muerto.

Un sollozo subió a su garganta. Entre los cedros seculares las palomas seguían arrullándose.

¿Por qué había podido la maldad? ¿No era, entonces, Jesús, el Mesías?

Lázaro descendió la colina y se dirigió al sepulcro de sus mayores. No encontró a nadie en el camino. Todavía la losa no había sido bien colocada en su lugar y dejaba una abertura por donde se podía deslizar una persona. Entre la hierba había quedado olvidada la barra que sirvió el día de su resurrección. Armado con ella, Lázaro se introdujo en el sepulcro y removió la losa hasta que cubrió completamente la boca.

El campo quedó silencioso y desierto. En la madrugada cayó una

fuerte lluvia y borró las huellas que habían quedado a la entrada de la tumba.

CARMEN LIRA

Es Ud. chic y necesita un vestido de Frac o de Smokin, a la última moda?

ACUDA A LA

SASTRERÍA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GÓMEZ Z.

Cuenta con larga práctica y operarios competentes para la confección de trajes.

Precios los más económicos

Avenida Central

Frente a la tienda Kepferf

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »
En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.	

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.



Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Órgano de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Rodolfo Otto: <i>Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.</i>	¢ 5.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermanito Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gáraldy: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardín de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gáraldy: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabharata</i>	1.00
Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.	